

*Vivir  
en la fractura  
el castigo  
y las resistencias en  
la cárcel de mujeres*

---

*Andrea  
Aguirre Salas*



Vivir en la fractura  
*El castigo y las resistencias en la cárcel de mujeres*

SERIE   
*Magíster*  
VOLUMEN 96

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, SEDE ECUADOR  
Toledo N22-80 • Apartado postal: 17-12-569 • Quito, Ecuador  
Teléfonos: (593-2) 322 8085, 299 3600 • Fax: (593-2) 322 8426  
uasb@uasb.edu.ec • www.uasb.edu.ec

EDICIONES ABYA-YALA  
Av. 12 de Octubre 1430 y Wilson • Apartado postal: 17-12-719 • Quito, Ecuador  
Teléfonos: (593-2) 256 2633, 250 6247 • Fax: (593-2) 250 6255  
editorial@abyayala.org • www.abayala.org

CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL  
Roca E9-59 y Tamayo • Apartado postal: 17-12-886 • Quito, Ecuador  
Teléfonos: (593-2) 255 4358, 255 4558 • Fax: ext. 12  
cen@cenlibrosecuador.org • www.cenlibrosecuador.org

Andrea Aguirre Salas

## Vivir en la fractura

*El castigo y las resistencias en la cárcel de mujeres*



UNIVERSIDAD ANDINA  
SIMÓN BOLÍVAR  
Ecuador



Quito, 2010

**Vivir en la fractura**  
*El castigo y las resistencias en la cárcel de mujeres*  
Andrea Aguirre Salas

SERIE   
*Magíster*  
VOLUMEN 96

Primera edición:  
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador  
Ediciones Abya-Yala  
Corporación Editora Nacional  
Quito, julio 2010

Coordinación editorial:  
*Quinche Ortiz Crespo*  
Diseño gráfico y armado:  
*Gabriela Borja*  
Impresión:  
*Impresiones Digitales Abya-Yala,*  
*Isabel La Católica 381, Quito*

ISBN: Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador  
978-9978-19-402-7

ISBN: Ediciones Abya-Yala  
978-9978-22-930-9

ISBN: Corporación Editora Nacional  
978-9978-84-518-9

Derechos de autor:  
Inscripción: 033760  
Depósito legal: 004430

---

Título original: *Incluidas como excluidas, externas e internas en la cárcel de mujeres de Quito*  
Tesis para la obtención del título de Magíster en Estudios de la Cultura,  
con mención en Literatura Hispanoamericana  
Programa de Maestría en Estudios de la Cultura, 2006  
Autora: *Andrea Aguirre Salas*. (Correo e.: *andrea1@sindominio.net*)  
Tutora: *Alicia Ortega*  
Código bibliográfico del Centro de Información: T-0398

---

# Contenido

Introducción / 7

Vivir en la fractura. El castigo y las resistencias en la cárcel de mujeres / 8

*Capítulo I*

**Cárcel de mujeres / 13**

1. Me estremezco con / frío, tenebroso / no es una película / es la cárcel / 15

*Capítulo II*

**Mujeres encarceladas / 29**

1. Impúdicas, impúdicas mujeres / 33

2. Está cansada, tal vez asustada y quizás perdida. Pero sobre todo está sola y en su cuerpo lleva otro bebé en el que también tiene que pensar / 41

*Capítulo III*

**Palabra de mujeres / 47**

1. Un acto de amor / 49

2. ...y de guerra / 52

Bibliografía / 59



# Introducción

La autoría individual de este trabajo es una ficción, una manía del mundo letrado, un requisito, una vanidad innecesaria. Ni una sola de estas palabras hubiera sido posible sin el encuentro de nosotras, la entrega de cada una, la recombinación de nuestras palabras diversas, el descubrimiento de que escribir esto tiene sentido. La autoría podría ser: Verónica Acosta, Andrea Aguirre, María Antonia Aguirre, Emma Carrasco, Lisset Coba, Sandra De Prada, Anne Pascale Laso, Nadia Ribadeneira, Rosa Silva... y no, porque la lista se extendería, porque estas páginas han sido atravesadas por la voz de muchas, la memoria de tantas, aquella mirada; y no, hasta porque algunas han desechado su nombre de nacimiento para renacer en otro nombre de mujer más glamoroso o simplemente otro para poder andar de nuevo por el mundo sin ser conocida. La autoría podría ser: Vero, Andy, Marian, Madre, Lis, Sandra, Pas, Rubia, Analía, María, Gía, Jheimmy, Maira, Fabiola, Naningo, Señora Gloria, Angelina, Marta... y no, porque la lista sería imposible, porque se trata de incontables fragmentos de memoria, amores, ideas fluyendo, mezclándose, muchas miradas reconociendo este mundo de nuevo, porque se trata de vínculos construidos, rotos y vueltos a construir, porque finalmente somos algunas las que hemos decidido permanecer en el reto de la alegre rebeldía compartida. La autoría podría ser: Mujeres de Frente, Externas e Internas en la cárcel de mujeres de Quito... sí, y solo sí, comprendemos que el nuestro no es estrictamente hablando un grupo, sino más bien una pequeña pero intensa historia colectiva, una producción de conocimiento siempre inacabada pero certera, un dispositivo de acción política, una invitación a otras y otros para sumarse a la transformación de esta mala vida, protegiendo la deliciosa condición de estar vivas.



## VIVIR EN LA FRACTURA EL CASTIGO Y LAS RESISTENCIAS EN LA CÁRCEL DE MUJERES

### Mujeres de Frente

Mujeres de Frente, Externas e Internas en la cárcel de mujeres de Quito, es un colectivo en construcción permanente a partir de abril de 2004. Los motines carcelarios generalizados en el país por aquellos días, no eran sino la insurrección penitenciaria decretada por el Comité Nacional de Internos con las reivindicaciones de rebajas de penas y dignificación de las condiciones de vida en las cárceles, disposición sorpresiva, sostenida por la esperanza y la resistencia de cada hombre y cada mujer encarcelada, desinformadas de los avances de las negociaciones, los términos constitucionales y de reforma en los que hablaban sus representantes, pero decididas a participar. «Acá toda ocasión es buena para intentar cambiar las cosas.» Las palabras de mujeres presas que agrietaban los prejuiciados reportajes noticiosos durante aquellos motines carcelarios, interpelaron a un puñado de mujeres no encarceladas que decidimos cooperar con cierta defensa de las mujeres presas amenazadas por los cuerpos especiales de la policía y abrir algunos canales de comunicación desde adentro hacia afuera de la cárcel. Discutiendo desde adentro el silencio cómplice de los movimientos sociales en torno a la revuelta generalizada en las prisiones del país, convocamos plantones en la puerta de la cárcel de mujeres de Quito y concertamos algunas entrevistas en radio La Luna a algunas mujeres presas, valiéndonos de un número telefónico y el nombre de una mujer interna a la que no conocíamos. Al terminar los motines, las de afuera entramos como visita, nos conocimos, y juntas decidimos emprender un trabajo colectivo entre mujeres encarceladas y no encarceladas. Nuestros primeros vínculos fueron un trabajo intuitivo de todas, sosteniendo desde adentro, apoyando desde afuera.

Nuestra alianza ha sido un esfuerzo. En la cárcel se encuentran mujeres cuyos esquemas, códigos y referencias callejeras, urbanas, rurales, migrantes, (inter)culturales, marginales, formales, masivas, femeninas, históricas, interesadas, singulares, son diferentes. Así, Mujeres de Frente se ha ido consolidando en el reconocimiento de la diversidad y la desigualdad entre nosotras, trabajando por construir un diálogo horizontal, una palabra que exprese el mundo desde la experiencia situada, al mismo tiempo que lo transforma, pronunciando la violencia de los sectores hegemónicos que también nos hace complementarias en una sociedad inequitativa que confirma el prestigio y los derechos de unas, en el desprestigio y la desposesión de otras.

Somos un enamoramiento, un juego de bisagras, contra la resignación y el silencio de cada una, de todas nosotras y de todos; compartimos historias

de sexismo, racismo, empobrecimiento, violencia sistémica y sistemática, fuerza y resistencia creadora; somos el aprendizaje en la convivencia cotidiana, en la escucha atenta, en la confianza que se reconstruye, conmoción irresistible, cuidado recíproco de unas por otras, decisión de contribuir a la transformación de este mundo. Somos agua mansa, vida cotidiana, que se arremolina contra la desmemoria y la resignación... Heterogeneidad irreductible, capaz de nombrar la violencia horizontal que se estructura en nuestra contra, testimonio de una, otra y otra, y una mirada vivida sobre las construcciones perversas diseñadas por los sectores dominantes de la sociedad, comprensión rabiosa de sus discursos de desprestigio masivo y sus prácticas destructivas.

Nos hemos ido consolidando en encuentros de autoconciencia y (re)conocimiento mutuo, aportando inquietudes unas veces, guiando la comprensión de la vida en distintos estados y sitios otras, cada una entregando su experiencia de vida a las demás, guiadas por temas, situaciones, que (se nos) aparecen como de vital importancia para la vida de todas. La mirada y la palabra compartidas se han convertido en un modo de ser colectivo, avivado por el cariño singular y la alegre lucidez de ir comprendiendo nuestros problemas, compartiendo el malestar sistemático y sintiendo las distancias de nuestras diferencias, conviviendo en *este* sitio que hacina tantas experiencias, que representa un lugar privilegiado para mirar *este* mundo.

Así nació *Sitiadas*, una revista escrita a varias manos que, en su primer número, significó el principio de un trabajo de reapropiación personal de la palabra, escritura que contribuía a reconocernos mutuamente y a abrir un diálogo desde adentro hacia afuera de la cárcel que «no es un lugar extraño, es simplemente la exacerbación de la cotidianidad en que vivimos fuera».<sup>1</sup> Este primer número de *Sitiadas*, es una combinación impensada de testimonios tan diversos como las manos que los escribieron, primeras reflexiones personales de algunas y el primer ensayo de escritura colectiva sobre asuntos que en la vida de las mujeres en esta parte del mundo resultan vitales. El segundo número de *Sitiadas*, sigue siendo un trabajo a través del cual buscamos pronunciar el mundo tal como (nos) está siendo, testimonio de una y otra, pero además es un ensayo de diferentes modos de diálogo y producción de conocimiento entre mujeres diversas y desiguales; así que es la experimentación de mujeres externas e internas que hemos circulado por la cárcel haciendo diferentes propuestas de trabajo a mujeres distintas, lanzando nuestra palabra a la calle porque «adentro y afuera somos las/os mismas/os».

Somos una crítica en la práctica de la producción del conocimiento a través de sujetos legitimados por el mismo sistema que nos condena: académicos, abogados, jueces, religiosos, trabajadores sociales, cuya labor protege

1 Mujeres de Frente, *Sitiadas*, No. 1, Quito, Mujeres de Frente, 2004, p. 26.

secretamente su posición social privilegiada; somos un encuentro que se pregunta por la toma de la palabra colectiva cuando para muchas la violencia vivida es una marca, un avasallamiento, una tristeza que empuja a la resignación; somos una militancia que solo nombra las transformaciones que ensaya.

Una mujer mestiza, de clase media, con acceso a todos los niveles de educación superior, no podría exponer los problemas de las mujeres presas sino convirtiéndolas en *objeto* de su pensamiento, trabajo de investigación, teorías, conclusiones, dejando intocada la democracia neoliberal que la legitima como investigadora social y sujeto de privilegios, frente a las desprestigiadas como antisociales o criaturas depauperadas. ¿Cómo tomar la palabra colectiva, que no es sino praxis, vínculo profundo entre pensamiento y acción transformadora, pronunciamiento de la experiencia que está siendo?, ha sido una pregunta fundamental para Mujeres de Frente y este trabajo es otro ensayo en ese sentido. Este libro es resultado de un juego de autoridades: las mujeres encarceladas apoyan la permanencia de las mujeres no encarceladas en el colectivo, las mujeres no encarceladas aportamos al movimiento en la calle y la construcción del proyecto colectivo afuera; la reflexión sentida del castigo contra las mujeres en este país es el riquísimo aporte de la cultura oral de las compañeras prisioneras, en diálogo con mujeres no encarceladas que reflexionamos nuestra experiencia en este intercambio, aportando cada una al proyecto de modificación de la vida de todas y no solo de las despojadas, en un diálogo que solo es posible como responsabilidad de unas para con las otras. A cargo de una mujer de paso por la academia está este trabajo de escritura que articula nuestra experiencia con herramientas teóricas que también la iluminan, en otra forma de sistematización y expresión del proceso que vuelve a nosotras como un ensayo puesto en cuestión, y por lo tanto en su sitio, desde los quehaceres cotidianos del colectivo. Una compañera encarcelada, lectora y escritora sistemática, aporta una serie de nociones fundamentales, revisa, critica, acompaña la escritura.

Este escrito solo tiene sentido como parte del proceso colectivo, pues no es más ni menos *necesario* que el trabajo de dirección de talleres de saberes manuales y creativos a cargo de compañeras internas o el compromiso de contención recíproca en situaciones críticas, ni más ni menos que los encuentros de discusión, coinvestigación, las tareas de autogestión de recursos materiales o el trabajo de maternidad en situaciones precarias, ni más ni menos que la cocina aprendida en el servicio doméstico que tantas veces nos alimenta. Para el proceso político colectivo y la construcción de alianzas, este texto es *tan necesario* como muchas otras actividades, aunque su publicación sea otro efecto del juego de (in)visibilidades del orden establecido.

En este escrito, atravesado a cada paso por voces diversas, mostramos y discutimos cómo funcionan las cárceles de mujeres de este país: en una

suerte de continuidad de la violencia social específica contra nosotras y contra todos los condenados de la tierra; y, desde una perspectiva feminista anti-racista y políticamente situada a la izquierda, ofrecemos algunas nociones que nos parecen útiles para combatir el dogmatismo y tramar, en la praxis, un mundo distinto para todas, pero todas, todas, todas.

Quito, enero de 2007



## CAPÍTULO I

# Cárcel de mujeres<sup>2</sup>

Santa Tejerina es la que sana los días de la  
perpetua reclusión  
de los que siempre pagan para que otros  
hagan  
de una vida un gran dolor.<sup>3</sup>

León Gieco

Si bien fue nuestra decisión, yo estaba atemorizada la primera vez que entré en la cárcel de mujeres de Quito. Mi memoria no podía ofrecerme ni una sola imagen transparente de aquel lugar; más bien, me habitaba cierta expectativa, oscurecida en tonos marrones, compuesta de indefinidos cuerpos heridos y gestos amenazantes. Después de la requisa, yo en silencio, aquella mujer uniformada escudriñando mi cuerpo y mis cosas con hostilidad, los sellos en el brazo que me distinguían como visita, dos puertas sonando con violencia metálica a mis espaldas, me impresionó la belleza estilizada de la joven mujer a la que buscábamos y de la que solo conocíamos su nombre y, poco después, la familiaridad de las palabras de la mujer que nos presentó.

Ofreciendo algún servicio como *dar llamando* a otra interna, dulces empaquetados o elaborados para la venta y, más allá, muy variados platos humeantes, unas pocas mujeres embutidas en tiendas pequeñitas, sonrisas y carcajadas contagiosas, malas caras, mujeres esperando su visita o llevándose a conversar o jugar por los pasillos, los pabellones o a la cancha, mujeres negras, mujeres morenas, mujeres blancas, mestizas, jóvenes, maduras, abuelitas, *guaguas*, sus *guaguas*, cabellos estirados, trenzados, tinturados, ovillados, sueltos al viento que no circula, cuerpos semidesnudos al sol que no reluce sino en los pocos metros cuadrados de la cancha de usos múltiples donde

2. Escrito revisado, discutido, corregido y aumentado por Verónica Acosta, compañera de Mujeres de Frente, interna en la cárcel de mujeres de Quito.
3. Se refiere a Romina Tejerina, la joven argentina presa por homicidio. Embarazada por violación, quitó la vida al niño recién nacido, mientras el agresor permanece en libertad sin condiciones. «Matando al hijo, presa de un castigo, del maltrato y de una violación, creyendo así conseguir toda la libertad».

achicharra en los mediodías calurosos, ropas nuevas plegadas al cuerpo joven, atuendos desinteresados y hasta avejentados, pero nunca totalmente descuidados, una colaboración, colabóreme, hombres de visita, a ojos vista, sexualmente interesados y padres y madres y hermanos y amigas y novios y guías penitenciarios distinguibles de las internas y sus visitas solo por el uniforme y, cuando se reconcentran, por su actitud, ruido, ruido de música, de gritos, del megáfono, de incontables conversaciones superpuestas.

Nadie nos había invitado, sino nuestra intuición. Sin embargo, no podíamos imaginar la importancia vital de aquella visita y de la apertura lo más confiada posible de cada una para con las mujeres que encontró aquel día. Nada de planes estratégicos, matrices para recoger los datos, temas indispensables, ofertas o solicitudes de salvación, solo cierta certeza de que de algún modo impensado, las de afuera y las de adentro, nos necesitábamos.

Después de algunas visitas tejidas con preguntas sobre qué nos anda preocupando en esta vida, sobre qué hacer juntas siendo las que somos y una vez sorteados los trámites de ley, nuestra presencia en la cárcel se cotidianizó en días ordinarios, una semana tras otra. Acogidas por las tres mujeres que juntaron su voluntad con la nuestra, nuevas imágenes y palabras vivas fueron apareciendo. Cada milímetro sensible estremecido, aprehendiendo, la tierra que soy removida.

Una celda, otra y otra, irónicas casitas organizadas y limpias, a las internas problemáticas se las ubica en los pabellones de atrás, hacinamiento, una niña, una hija embarazada por violación, su padre cómplice y yo acá, un niño, un hijo deambulando solo por la calle y yo acá, una niña, una hija interna en el Centro de las monjitas, otra maternidad expropiada, tachada de criminal, esta niña, esta hija embarazada por violación, una madre que no la deja llorar y no la deja hablar le enseña la resignación, una ansiedad sin motivo aparente que me hace doler el corazón y hasta el brazo izquierdo, un dolor aquí en la impotencia, en mi futuro, en mis hijos, y cortaduras en el cuerpo autoinflingidas, intimidaciones y consultas a las chicas ¿de derechos humanos?, ¿abogadas?, ¿donaciones?, ¿algo?, no, unas chicas que vienen nomás, mujeres que se aman, que aprendieron a hacer el amor aquí, mujeres que reproducen sus experiencias de maltrato aquí, el perdón y la cooperación que en clave de afinidad las sostienen, buen humor, amenazas, represalias, requisas aplicadas sobre cuerpo y cuarto de mujer delincuente, desarmada y nada más, porque acá todo el mundo sabe que no hay «delinquentes» por rehabilitar o neutralizar sino solo posiciones que habilitan o inhabilitan mis ganas de mandar, de ganar, requisas que hieren profundamente la sensibilidad que nos queda, guías y administrativos erectos, ruido, transacciones, base, base de coca para fumar. Espacio recortado. Paradójico tiempo expropiado, detenido indefinidamente y que a la vez transcurre entre nosotras, reapropiado entre

nosotras que nos adoptamos según sabemos, madres, hijas, hermanas, enamoradas, *guaguas*, sus *guaguas*, entre nosotras que nos trampeamos, nos despreciamos, nos agredimos, nos divertimos, nosotras que queremos mandar, ganar. Espacio recortado. Tiempo que transcurre afuera, se detiene adentro, transcurre adentro, te detiene afuera. Todas encerradas en este tiempo impuesto indefinidamente, cada una con una y muchas historias a cuestas, historias superadas a fuerza de resignación, historias por resolver e historias inauguradas en este sitio, historias que se multiplican como dolores, alegrías, reflexiones y empeños individuales, pues cada una ha sido encarcelada y cada una saldrá libre algún día, sola, como dicen que vino al mundo.

Reconstruida desde cada relato paradójicamente esperanzado, la imagen que alcanzamos a construir es terriblemente abigarrada y nos sentimos superadas, agotadas, ¿derechos humanos?, ¿abogadas?, ¿algo?, no, unas chicas que vienen nomás.

Lo primero que comprendimos fue que este encierro es producto de una cacería perversa, selectiva, en la que a demasiadas mujeres le toca pagar por la ilusión de trabajo por el orden y la seguridad ciudadana, y que de ahí en adelante las consignas son ¡sálvese quién pueda!, ¡sálveme quién pueda!

## 1. ME ESTREMEZCO CON / FRÍO, TENEBROSO / NO ES UNA PELÍCULA / ES LA CÁRCEL<sup>4</sup>

Las cárceles están allí. El sentido común ciudadano entiende que son necesarias como instalaciones puestas allí por los sectores dominantes de la sociedad, con los objetivos de neutralización, rehabilitación o intimidación de quienes ponen en riesgo la promesa de bienestar común. Además, muchos de los portadores de ese mismo sentido común callejero entienden que «el verdadero sentido que los sectores dominantes le confieren y le han conferido a la prisión [es el de] secuestrar a aquellos señalados como amenaza concreta o latente del orden social y con ello sumar esta estrategia a otras que tendrán como objetivo principal garantizar la continuidad del mismo en términos políticos y económicos»: <sup>5</sup> «la justicia es para los de poncho, peligrosos por su hambre y sus ganas de vivir –dicen– mientras los delincuentes de cuello blan-

4. Juana H, poema sin título, en Blanca Thomas *et al.*, *Yo no fui*, Buenos Aires, Voy a Salir y Si Me Hiere Un Rayo, 2005, p. 29.

5. Alcira Daroqui, «La cárcel en la universidad. El discurso penitenciario en la normativa y prácticas interinstitucionales», en Marcela Nari y Andrea Fabre, comp., *Voces de mujeres encarceladas*, Buenos Aires, Catálogos, 2000, p. 110.



co andan sueltos haciendo de las suyas a nuestra costa». Lo cierto es que las cárceles están allí y todo el mundo entiende que son un mal necesario.

Atrapadas, y como portadoras de ese mismo sentido común, las mujeres presas saben que el contenido y la reformulación de las leyes (que inaccesibles, ilegibles y plagadas de contradicciones, perfilan valores sin gente por cumplir) son una referencia del orden general y del rumbo actual de los proyectos económicos y políticos de los sectores dominantes; todas comprenden que las leyes son una herramienta impuesta al uso común por los sectores dominantes para el logro de *sus* proyectos, reafirmando *sus* valores y determinando los caminos de la convivencia y la movilidad social bajo *su* control; entienden que inevitablemente se trata del lenguaje privilegiado de comunicación entre quienes habitan adentro y en torno del sistema penitenciario; se saben sometidas a códigos que se conocen a retazos, se usan sabihonda o arbitrariamente, y que todos asumen como el lenguaje de la última palabra.<sup>6</sup>

Así, es fácil comprender que alrededor del 85% de las mujeres encerradas en la cárcel de Quito esté pagando condenas por tráfico de drogas ilegales, que todas ellas batallen, desarmadas por mediadores profesionales en abogacía, en los términos de las leyes, y que desplieguen toda su capacidad de soborno como táctica en su lucha por salir.

Tenencias ilícitas, asociaciones ilícitas, enriquecimiento ilícito, movimientos ilícitos, gestos ilícitos, difamantes, cicatrices, agravantes. Mulas, estafadoras, paqueteras, ladronas diversas, mulas, pocas homicidas en defensa propia, paqueteras. Somos nosotras. Nuestra cárcel de mujeres no confisca el futuro de ningún exterminador de la humanidad; la violencia que mata, hiere, inhabilita, silencia, desorganiza, habita a lo largo y ancho de la sociedad resistida a fuerza de justicia y tolerancia populares. Los crímenes de destrucción masiva, de invasión abusiva de los cuerpos, de vulneración letal de la integridad, de difamación, de expropiaciones millonarias, permanecen impunes o directamente legalizados; muchos de estos crímenes reposan, innombrados y hasta innombrables, en la resignación a prueba de bala de cada una y de cada uno. Los capos del sistema gubernamental transnacional y los del sistema paragubernamental del narcotráfico levantados y legitimados por

6. «[L]as cárceles ya no están pobladas de «delinquentes». La propia operatoria que podía ordenar qué ilegalidad es legal y cuál no lo es ya no posee el estatuto universal, activo y productivo de la *ley*. Y sin *ley*, ya no hay –propiamente hablando– delincuencia. Cuando los poderes de mando (social, político, económico, «institucional») no hacen sino empujar en función de su propia voluntad de dominio, la «legalidad» se acomoda –momento a momento– a sus propias necesidades. La legalidad va surgiendo como efecto secundario de un sinnúmero de operaciones económicas o políticas.» Lavaca y Colectivo Situaciones, *Presas: testimonio de las mujeres detenidas por manifestar en Caleta Olivia y la Legislatura porteña*, Buenos Aires, Lavaca / Colectivo Situaciones, 2004.

la ilegalidad de ciertas drogas, los criminales de Estado que tachan de criminal la vida empobrecida de los otros, los diversos explotadores del trabajo y el cuerpo de niña, de niño, de mujer, de otro, los agresores sexuales, en el cuerpo debilitado por largos años de severas miradas, en los ojos coloniales, en los diseños de la pigmentocracia,<sup>7</sup> permanecen, prácticamente todos, impunes o directamente legalizados, incluso muchos de sus crímenes permanecen innombrados y hasta innombrables, incomprendidos, tallados en la capacidad de impresionarse, las pupilas dilatadas por el pánico, el deseo de morir y de recomponerse, la respiración lenta y honda, los músculos tensos, las obligaciones de cada una.

Con cinco años de edad, sentada en un medio de transporte colectivo...

[a] un lado tengo a un hombre que lee el periódico. Al otro lado, una mujer con sombrero de piel me mira fijamente. Sus labios se tuercen mientras me observa, luego baja su mirada, arrastrando la mía. Su mano enfundada en cuero tira de la zona donde se tocan mis pantalones azules nuevos y su elegante abrigo de piel. Con un movimiento brusco, se acerca el abrigo al cuerpo. Miro con atención. No veo esa cosa horrible que ella ve en el asiento, entre nosotras... una cucaracha probablemente. Pero me ha contagiado su espanto. Por la manera en que me mira, deduzco que ha de ser algo muy malo, así que yo también tiro de mi anorak para retirarlo de allí. Levanto la vista y veo que la mujer continúa mirándome fijamente, con las fosas nasales y los ojos muy dilatados. Y de pronto me doy cuenta de que no hay ningún bicho arrastrándose entre nosotras; a quien no quiere que toque su abrigo es a mí [...] No se ha pronunciado ni una sola palabra. Me da miedo decirle cualquier cosa a mi madre porque no sé qué he hecho [...] Está sucediendo algo que no comprendo, pero nunca lo olvidaré. Sus ojos. Las fosas nasales dilatadas. El odio [...] Tanto, que m]e sienta agradecida cuando me tratan bien [...]

¿Qué otra criatura del mundo, aparte de la mujer Negra, ha tenido que asimilar tanto odio para sobrevivir y seguir adelante?[,]<sup>8</sup>

7. La posición social otorgada a cada individuo en el mundo poscolonial andino se sirve de dos polos de referencia: el mundo nativo (indigno) y el mundo conquistador (digno). Desde esa óptica, la sociedad poscolonial se autorregula discriminando (por tonos de piel, vestimenta, comportamientos culturales, etcétera) a cada individuo y otorgándole el acceso a los recursos y prebendas designados a su casta. La mentalidad colonial de cada una y de cada uno, contribuirá a la reproducción del orden pigmentocrático por los efectos de autoexclusión y culpa que invaden al afectado. Silvia Rivera, «La raíz, colonizadores y colonizados», en Xavier Albó y Raúl Barrios, coord., *Violencias encubiertas en Bolivia*, La Paz, Centro de Investigación y Promoción del Campesinado / Aruwiyiri, 1993. Por extensión, la dinámica social que sugiere el concepto de pigmentocracia, nos sirve para comprender la violencia inflingida y autoinflingida sobre la población afrodescendiente.
8. Audre Lorde, *La hermana, la extranjera*, Madrid, Horas y Horas, 2003, p. 170, 171 y 174.

¿la mujer indígena acaso?

Empezó a trabajar a los 14 en casa de familia, como empleada doméstica. A los 16 conoció a quien sería su marido, el padre de sus hijos y su proxeneta. Desde entonces se vio obligada a trabajar durante el día como ama de casa y durante la noche como prostituta.

Hace tiempo me dije: no doy más. No quiero esto para mí. Dije no. Y me vine a la capital, con mis hijos y un bolso, con la excusa de traer al médico al más chico que siempre vivía enfermo. Tenía la decisión de dejar todo. Había tomado la decisión y creía que eso era lo más importante. Pero no supe qué hacer. No tenía la información para saber dónde ir, a quién recurrir. Y me tuve que volver. Con mis hijos, mi bolso, mi decisión y todo. Después, él murió. Y quedé libre.<sup>9</sup>

La gran mayoría de las mujeres encerradas en la cárcel de Quito, no se cuenta entre las de los sectores dominantes de la sociedad que disfrutan de las garantías de vida necesarias para subordinarse cómodamente al orden ciudadano. Las mujeres de nuestra cárcel, no se cuentan entre quienes disfrutan no solo de las garantías económicas, como el sentido común suele simplificar, sino de aquella combinación de garantías económicas, de acceso directo o indirecto al poder legislativo y de suprema justicia, de disfrute de un tiempo materno o de servicio en cuidados infantiles específicos, de blanqueamiento escolar y privado de sus costumbres, de posesión de un cuerpo invasor y no invasible, de acceso familiar a muy diversos privilegios de clase... Prácticamente todas estas mujeres, se cuentan entre las que continúan historias de pueblos y barrios surgidos de la expropiación y la acumulación de los recursos materiales y de expresión por los sectores dominantes, se cuentan entre las que continúan historias repetidas de maternidades tempranas, golpes racistas, criminalización de su empobrecimiento, en esta época en la que a la vulnerabilidad social se la considera antisocial, peligrosa, delincencial, si se descentra del esquema del «buen pobre». No es extraño que ellas (se) conserven (de) una memoria de adulteces tempranas despertadas a fuerza de agresión inexplicada de sus madres exangües y/o de abusos repetidos de muy diversos varones cercanos y/o de servicio doméstico infantil y/o extorsiones y de vergüenza, de soledad, de lucha temprana y continua. La mayor parte de mujeres negras, las mujeres empobrecidas, las hijas de la calle, las buscavidas, aquellas que más frecuentemente se definen como «problema», se hacen en los «pabellones antiguos», reservados a las de peor comportamiento y consumidoras sistemáticas de drogas fuertes, en una historia que simplemente continúa su curso; las otras mujeres van siendo destinadas a los «pabello-

9. Una mujer que se reserva su nombre, en Lavaca y Colectivo Situaciones, *op. cit.*

nes intermedios» o a «los nuevos», conservando(se) igualmente (de) memorias de violencia económica, sexista, racista, extorsiones, malestares inexplicables, culpa, un nudo en la garganta, un dolor aquí en la impotencia, en mi futuro, en mis hijos, en mis ganas de otra cosa.

Las buscavidas, las mujeres sitiadas por la violencia contra nosotras, contra nuestra sexualidad, contra nuestra piel, nuestra maternidad, nuestra alegría, retornan siempre a la lucha a muerte. Hijas ilegítimas de la democracia neoliberal, se asumen como individuos con hijos e hijas y a veces con maridos, entenados, madres, padres, abuelas y hermanos, casi siempre en línea sanguínea, y tan agotadas como intransparentes despliegan toda su capacidad de expropiación, tan aturdidas como ilusionadas cierran su pensamiento y embisten, también, porque cada una de las otras hace lo mismo, dejando solas a las otras. Muy pocas esposas angustiadas por el aislamiento doméstico, nada de jóvenes madres de familia profesionales convencidas de que la violencia contra las mujeres es asunto superado, ni tecnócratas de la lucha contra la violencia de género; si bien todas conservamos un poco y mucho del rol femenino familiar criollo impuesto para el uso, abuso, manutención y confusión de nosotras. Las que están aquí, anduvieron dedicadas a salir a la calle a reinventar la supervivencia; en lucha a muerte, también, porque conservan algo y mucho de nuestros saberes de cuidado y cooperación otorgados en clave de afinidad para proteger la vida.

El día de mi entrada en la cárcel fue como si la tierra se hubiera abierto y me tragara, porque fue mi primera vez que yo pisé la cárcel, esposada y al entrar tuve mucho miedo pues me habían dicho que asaltaban, peleaban con cuchillo y tantas otras cosas terribles.<sup>10</sup>

Cuando yo llegué a este lugar me sentí morir, fue algo muy, pero muy espantoso.<sup>11</sup>

Dos puertas se cierran con violencia metálica a tus espaldas. Dosis de poder en los uniformes, en las armas, en la orden por cumplir, en el derecho a la sordera. Dosis de poder autoafirmarse, de poder vengarse, de poder alcanzar a rasgar la médula de la vida, de poder experimentar el placer de doblegar. Un puñado de mujeres cumplen condenas necesarias para la reproducción de los sectores dominantes que distribuyen dosis de su poder a lo largo de lo social, dosis de su poder económico, individualizante, patriarcal, de castas e íntimamente amenazante; he aquí y no en los dispositivos de rehabilitación

10. Isabel, «Mi entrada», en *Mujeres de Frente, Sitiadas*, No. 1, *op. cit.*, p. 16.

11. Ketty, «Entrar, estar», en *Mujeres de Frente, Sitiadas*, No. 1, *op. cit.*, p. 17.

social (escolares, médicos, de comunicación masiva, etcétera), su mayor estrategia disciplinaria: *el miedo*.

En el corazón, el sentido común sobre los males necesarios de esta mala vida se construye afectado por la evidencia de su poder de castigar, certera, dolorosamente mi cuerpo, este cuerpo capaz de sentir placer o dolor al contacto de otro cuerpo, estremecimiento, estos ojos míos a través de los cuales cala hondo el miedo ante la imagen del uniformado que se acerca... y aquí adentro, se sabe que las mujeres uniformadas hacen por emular a sus colegas. Temblar, endurecerse, aguantar, llorar, recomponerse.

Los días jueves nos llevan por la mañana y nos traen de regreso a las 15 horas aproximadamente. Cuando llegamos, a diferencia de la requisa que nos realizan las Sras. Guías del Penal para constatar que no se ingrese nada ilegal o prohibido al interior del Centro, la requisa en el Inca es mucho más minuciosa.

Una por una vamos ingresando a una habitación (donde hay un ropero y 3 o 4 camas), nos palpan el cuerpo en forma general y en particular los senos. Luego debemos darnos vuelta, bajarnos la ropa interior y agacharnos para que «puedan ver» que no tenemos nada metido. Una se siente más que observada. Normalmente invade una sensación de indignación, de pudor, de vergüenza y de resignación, como si ya nada más se le pudiera hacer a un cuerpo encarcelado. Pero, a veces, hay más. Este lugar te sorprende porque puede sobrepasar la imaginación. Como si no alcanzara que tus genitales sean observados por una señora con guantes desechables y uniforme camuflado, en vez de ropa blanca como utilizaría una profesional de la salud.

En una ocasión, hace casi un año, fui una especie de ratón de laboratorio para tres agentes de Interpol. No solo en esa oportunidad nos hicieron pasar de a dos por turno, sino que, después de hacernos desvestir completamente, nos mandaron recostar sobre esas camas equipadas con colchones poco aseados, por no decir que parecían inmundos. Recostada, debí abrir completamente las piernas mientras una de las agentes que usaba guantes (que ya los tenía puestos desde la o las revisiones anteriores) abría aun más mis piernas, y dos Señoritas o Señoritas más también observaban. Cuando intenté tocar mi vagina para observar mejor, intervine pidiendo se me permitiera hacerlo a mí. Parecía enojada, pero como comenzó a discutir en voz un poco elevada mi otra compañera que también estaba siendo requisada, me lo permitió en medio de quejas. Nunca me sentí más ultrajada. Luego solo me vestí, ingresé al Centro, me encerré en mi celda y lloré por días.

Por un tiempo sentí como si hubiese sido violada. Por mucho tiempo no suporté que me abrazaran, que me tocaran. Pensé en dejar de visitar a mi marido [en el antiguo Penal García Moreno], pero el orgullo o la bronca me hicieron seguir yendo, solo para no perder ese derecho, ya que tuve que renunciar a muchos otros.

Por mucho tiempo sentí no solo vergüenza de mi cuerpo, sino que me sentía sucia, como si mi cuerpo se hubiese convertido en mi peor enemigo, en mi cruz. Me asqueaba. Dejé de disfrutar mi sexualidad hasta que, con el pasar de los meses, la vida me fue devolviendo el agrado de disfrutar de un abrazo amigo, de una caricia bien intencionada. Pero solo el hecho de saberme en situación de requisita, hace que me invada una angustia profunda, me sudan las manos y busco pensar en otra cosa para superar mi miedo.<sup>12</sup>

«Queda detenida» y de ahí en adelante sientes que ya no te perteneces, sabes que incluso para colocarte en un sitio privilegiado, aquí adentro, tendrás que negociar directamente con los mercenarios que el poder habilita, porque se acabaron las posibilidades de aquella defensa callejera contra las fuerzas armadas, a las carreras, de ciudad en ciudad, de resguardo en casa, correr por un parque.<sup>13</sup> Ahora tus movimientos están restringidos a este sitio, las noches transcurren en pocos metros cuadrados herméticos, muchas cerraduras, en esta cárcel que paradójicamente levantan las mujeres a fuerza de autogestión cada día, en cada cortina, en cada pared perfectamente pintada, en cada pasillo limpio, en cada inodoro nítido, en cada mesa de juego instalada, en cada trabajo a destajo para conseguir algo de plata porque el rancho es comida mala aliñada con azufre, porque casi siempre hay que apoyar la manutención de los hijos y las hijas que están afuera, o adentro sin contar como población penitenciaria y por lo tanto sin derecho al rancho, en cada rancho cedido para tus *guaguas*, en cada trabajo a destajo porque hay que adecuar este lugar, en cada tienda, cada negocio de comida, de venta de los más variados bienes, en cada descubrimiento conflictivo y delicioso de la propia apertura al amor lesbiano, en la fabulosa inclusión de las lesbianas en esta comunidad de mujeres, entre tantas amigas confidentes, en cada olla prestada, en cada hombro que contiene tu llanto, en el ruido que no cesa, en cada extorsión, en muchas broncas, en cada rincón, ellas, nosotras, herederas del ser social de nuestras madres, apuntaladas en la relación con las y los más pequeños, las que vamos siendo con toda naturalidad facilitadoras del despliegue de la vida de otros, cuidado singular, mirada contextual, administración redistributiva de los recursos, las

12. Fragmento de una denuncia de una compañera de Mujeres de Frente, interna en la cárcel de mujeres de Quito, 2005.

13. «El encierro corta abruptamente la cotidianeidad del afuera. Esa cotidianeidad que, aún en condiciones de vida desfavorables y situaciones conflictivas, representaría, como sostiene David Le Breton [...] *«el refugio seguro, el lugar de los puntos de referencia tranquilizadores, el espacio transicional del adulto.»* Marcela Nari *et al.*, «Me queda la palabra. Estrategias de resistencia de mujeres encarceladas», en Marcela Nari y Andrea Fabre, comp., *op. cit.*, p. 33, cursivas en el original. Si bien para muchas de las mujeres internas en esta cárcel, la violencia policial, la amenaza penal y las instituciones carcelarias, constituyeron desde muy temprano parte de sus puntos de referencia callejeros.

que sabemos ceder siempre un poco más, más, con conciencia de la existencia en desarrollo de las y los más pequeños, del trabajo que le cuesta a la otra cumplir, de que nos toca colaborar. En cada rincón, ellas, haciendo habitable el mundo, una vez más, conteniendo los efectos de la ceguera de los de arriba. Somos nosotras, disciplina autoimpuesta a lo largo de la vida familiar, institucional, callejera, las que vamos organizándonos como sabemos: «representante», «Comité», calendario de aseos, normas explícitas y respetadas de convivencia. En cada rincón ellas, que también han tomado para sí mismas, tímida o abiertamente, pedacitos de alegría, pedazotes de mundo (no por casualidad están aquí) y en el límite, canutos liados con polvos para la fuga. Ellas, porque el Estado no les da sino las instalaciones, los guardias y el rancho, en este paradójico espacio impuesto, este espacio lo suficientemente restringido como para partirte el futuro, pero lo bastante negociable como para conservar nuestra inteligencia.

Del lado de ellos están el cemento armando, el diseño de este edificio perverso, las leyes, los mercenarios, las referencias para despreciarnos mutuamente, el tiempo de encierro indefinido, la indolencia; de nuestro lado, ellos, pero también la iniciativa.

Su mayor estrategia disciplinaria: *el miedo*. Esta maldita sensación de que ya no te perteneces, de que pueden volver a hacerte daño, de que ser humano es ser capaz de provocar miedo. Y a pesar de todo, afirmo que nos queda la iniciativa de la vida sensible. Aquí adentro nosotras también nos enamoramos, inauguramos maternidades, hermandades, complicidades, caricias, cuidados recíprocos, planes, una vida cotidiana hecha de quehaceres, conversaciones y ¡paf!, de pronto una es trasladada a otra prisión<sup>14</sup> o a la calle, vuelta de nuevo una, sola. Inauguramos maternidades, hermandades, complicidades, caricias, cuidados recíprocos, planes y ¡paf!, ¡ya vienen!, vuelven a hacer intranquila la noche en que no las encierran a tiempo. Del lado de ellos están el cemento armado, los mercenarios, las armas: una vez que te pescaron se transforma tu tiempo, tu espacio, tu cuerpo y te descubres sometida a un inédito estado de incertidumbre. He aquí perfilada otra gran estrategia disciplinaria: *la arbitrariedad*.

14. «Romper nuestros espacios colectivos, romper nuestra vida cotidiana es una forma de castigo que encarna el deseo constante de anularnos como personas, es el deseo de hacernos sentir una vez más el peso de la ley cuando ya nos han dicho que todos nuestros derechos están vedados, es evidenciar el poder de castigar que está institucionalizado y ejercido ininterrumpidamente [...] Crear nuevas formas que permitan vivir, o mejor dicho, sobrevivir en esa etapa de la vida, constituye un arte, que surge del deseo inmenso de no dejarse aplastar, de ese arte de crear vida que tenemos las mujeres.» Mujeres de Frente afuera y Mujeres de Frente adentro (Gía y Sandra\*), «El traslado como castigo», en *Mujeres de Frente, Sitiaadas*, No. 1, *op. cit.*, p. 22. Sandra, como autora, coloca una estrella al final de su nombre.

La arbitrariedad es una cosa muy útil. No es cosa parecida al ingenio, es más eficaz aún porque para emplearla no se necesita ni un poco de inteligencia. La arbitrariedad es esa cosa ordenada y visceral a la vez, que permite crear un espacio de incertidumbre legal que hace que los demás te tengan *miedo*. La cárcel de mujeres es *el espacio privilegiado de la arbitrariedad* y como ejercerla es cosa tan placentera, cada quien se sirve de ella en la dosis que le es posible. La arbitrariedad es tu poder de permitir o impedir según se te ocurra y sin dar explicaciones, es tu poder de violentar o tener en consideración según andes de ánimo o según te caiga bien o mal una persona, es tu capacidad de cambiarla de sitio según designes y sin contemplaciones. La arbitrariedad es esa cosa que te permite encontrar argumentos de ley ante una jugosa oferta o cobrar más y por más tiempo a una mujer ignorante de la ley. La arbitrariedad es cuando puedes hundir el dedo más o menos profundamente o cuando puedes ejercer más o menos presión sobre el cuerpo que pasa por tus manos. La arbitrariedad es cosa muy sutil, puedes emplearla a la vista de todos casi sin ser visto, a la vez que amenazas explícitamente a quien está mirando lo que haces a otra persona. La arbitrariedad es cosa muy agradable porque te da la ilusión de que eres poderoso, porque es cuando puedes decir sí o no, cerrar o abrir una puerta viendo cómo la otra persona se queda quieta haciendo como que no pasa nada, implorándote despacito, con un nudo en la garganta. Es cuando violentas en el momento en que la otra persona menos se lo espera, pero que como siempre se lo está esperando te tiene miedo de por sí, así que hasta puedes tener momentos de magnanimidad. Y como la arbitrariedad es empleada por gente de este mundo, también te permite ejercer tu poder selectivamente sobre las personas infames, longas, negras, extranjeras, mujeres, pobres, y hasta te permite vengarte por las maldades que te han hecho, justamente porque no eres un varón blanco y adinerado, así que puedes ejercer tu revancha sobre las que teniendo tu color de piel o tu sexo o una historia parecida a la tuya, son el horroroso espejo que te avergüenza. Finalmente, en la cárcel de mujeres, la arbitrariedad llega a ser tan útil, que hasta sirve para confirmar la realidad ficticia de que somos el «sexo débil», por eso las requisas palpan el sexo que nos identifica haciéndonos sentir indefensas, por eso las sonrisas del que puede son perversas aunque se haga el serio, por eso los insultos entre dientes se refieren a nuestra sexualidad, por eso cuando nos apuran aceleramos atemorizadas el paso esbozando esa sonrisa avergonzada de nuestras abuelas indias, nos contorneamos o avanzamos altivas según las circunstancias y con estos cuerpos que llevan impresas las marcas de nuestros miedos y nuestras suspicaces vidas, y si eres un hombre con suerte, tu arbitrariedad prometedora se puede revertir en favores sexuales.

Otra gran estrategia disciplinaria: *la arbitrariedad*. Un día de visita cualquiera te encuentras con que hoy está prohibido el ingreso de gaseosas,



por qué, son disposiciones por favor señora por favor, y tú solo alcanzas a mirar el brazo extendido que te indica el camino y a escuchar la puerta que se cierra con violencia metálica muy cerca de tu cara. Ese mismo día uno entra con una cédula prestada y otro no entra porque está en pantalones cortos. Un día de visita cualquiera las requisas suceden a la vista de todas y la guía que te sonrío mostrando los dientes te «ofrece» un boleto para una rifa. Un día de fiesta, una cola larga de una hora y pico, tragas saliva: ante una caseta cuyos vidrios están tapados con papel periódico, una guía armada con guantes descartables espera a cada una para la requisas, la puerta se cierra, se vuelve a abrir, una mujer sale acomodando los pantalones de una niña que llora desconsolada y a mí me requisó solo por encimita.

[L]a revisión de alimentos... *se efectuaba sobre una mesa larga, más alta que cualquier mesa y sumida en una ostensible suciedad. Para escarbar la comida se utilizaban cuchillos que las empleadas se pasan de mano en mano limpiándolos a veces con un papel que encuentran entre los envoltorios de los alimentos; o sin mediar limpieza alguna cortan alternativamente un bizcochuelo, una tortilla o revuelven un dulce. Desde su pertenencia al género mujer, no ignoran los efectos de tal promiscuidad como tampoco desconocen lo que significa llevar un bizcochuelo sobreviviendo un largo viaje, protegiéndolo para no dañarlo.*<sup>15</sup>

La visita paga un poco la pena de sus «delincuentes» respectivas, supuestamente para controlar el ingreso de sustancias y objetos ilegales. Sin embargo, durante el último paro penitenciario, aunque las visitas estuvieron prohibidas, la droga para fumar y el alcohol circularon normalmente en el Centro... Porque esto es una cárcel señora por favor siga señora por favor. ¿Cómo? Pero... Yo...

Mi compañera, la que me acompaña directamente en este trabajo de escritura y yo, discutíamos tratando de comprender. La clave está en crear desconfianza en las relaciones entre iguales, dice ella.

Otra gran estrategia disciplinaria: *la arbitrariedad*. Administrativos y guías penitenciarios apadrinan internas que de este modo alcanzan la ilusión de poder castigar a otras mujeres presas, con efectos reales sobre estas últimas:<sup>16</sup> de pronto se repiten las requisas intempestivas, las críticas de las auto-

15. Eva Giberti citada por Marcela Nari *et al.*, «Me queda la palabra...», en Marcela Nari y Andrea Fabre, comp., *op. cit.*, p. 29, cursivas en el original.

16. «El sistema carcelario no limita sino, por el contrario, alienta los lideratos y los conflictos entre ellas, puesto que le permite introducir y justificar su propia violencia, así como espalar los conflictos en el penal.» Marcela Nari *et al.*, «Me queda la palabra...», en Marcela Nari y Andrea Fabre, comp., *op. cit.*, p. 40.

ridades a «vos que eres un problema», los partes. Los derechos se consiguen vaya a saber dios a través de qué vías, aquí donde está prohibida la subida de la visita a los pabellones, excepto en casos de solicitudes hechas con antelación y aprobadas o no vaya a saber usted por qué, aquí donde se sabe que los «novios» suben por cinco dólares... Porque esto es una cárcel señora por favor circule señora por favor. Ah...

Una vez una jefa me dijo: «yo estoy igual que ustedes». Ellas se sienten tan presas como nosotros, pero hay una diferencia: nosotros somos detenidas porque tenemos que pagar a la sociedad, ellas porque trabajan.<sup>17</sup>

Una [guía penitenciaria] nos comentó [:] yo que trabajo todo el día, no me alcanza el dinero para hacerme un análisis y, acá, se trata de brindarles todo... y es injusto a veces.<sup>18</sup>

Un buen amigo me dijo que viniera cualquier mañana de éstas a las ocho para ver a los y las guías que salen del cambio de turno, indistinguibles de las internas, achatadas, humildes. Este amigo es uno de los dos médicos que en este sitio tratan con gente y no con síntomas, delincuentes, posibilidades sexuales o de extorsión y, por supuesto, no son médicos del Sistema sino voluntarios. A él se acercan las guías para que, doctorcito, *dé viendo* a mi *guagua*, vea aquí que desde hace tiempo *me hace* un dolor fuerte...

Tú que vienes trayéndole a tu compañera, tu mamá, tu hermana, tu hija, tu sobrina, tu amiga, tu comadre, lo que sabes que le gusta, vos que la quieres tanto, tú que haces por no dejar que se sienta sola, y las guías viendo... vos que entras a buscar una «amiga» en este sitio que debilita de muchos modos a las mujeres que encierra y los guías mirando, cuchicheando, calculando... La humanidad tercermundista con su capacidad inmensa de adaptación a la adversidad está aquí, tejiendo paradójicos vínculos a fuerza de conversaciones, risas, transacciones, millones de pequeños empujones, buen humor, angustia. En la terraza, policías. En el pasillo, un guía comparte un tabaco con una interna ensayando su sonrisa de remedo galán y ella calcula mientras, muy cerca, un par de guías opinan de tú a tú en un corro de inter-

17. Carmen, en Lavaca y Colectivo Situaciones, *op. cit.*

18. Una guía penitenciaria citada por Marcela Nari *et al.*, «Me queda la palabra...», en Marcela Nari y Andrea Fabre, comp., *op. cit.*, p. 31. En la misma página las autoras apuntan: «Generalmente, presas y carceleras provienen de la misma clase social o, a veces, la procedencia social de las primeras es más elevada que la de las segundas. Esto aumenta las tensiones entre ambas puesto que frecuentemente las carceleras sienten que las presas sufren menos privaciones [no solo materiales, sino también afectivas] que ellas [...] A su vez, las presas sienten que deben someterse a personas con una menor preparación intelectual que ellas».

nas, «a algunos les *cogés* cariño porque son amables, te *acostumbrás* a que están ahí y les *cogés* cariño de tanto verles», mientras un guía trama un pequeño gran golpe pidiéndole asesoría a una interna. En la cancha, otros guías juegan codo a codo y grito a grito un partido, indistinguibles de las internas excepto por los uniformes y, cuando se reconcentran y les agarra el sentimiento de autoridad, cuando echan mano de la orden por cumplir, mientras van llegando las guías que vienen a cumplir con su trabajo y no aflojan ni una sonrisa, toscas, malvadas. Los administrativos corretean, esos sí sin uniforme distintivo, pero vestidos de oficina y, cuando se reconcentran, tomando las distancias que corresponden y engalanan a la autoridad.

¿En qué consiste la idea de libertad de estas y estos carceleros?, ¿en qué su idea de delincuencia?, ¿en qué su idea de trabajo? Si bien es posible que su opción sea no concebir idea alguna y echar a andar con su bagaje de pueblo oprimido un tanto investido de poder<sup>19</sup> y con capacidad infinita de adaptación al mundo tal como *es*.

De vez en cuando, en la «puerta 3», cabellos grasosos, ternos opacos, manos inquietas en la explicación de los problemas que han surgido, los trámites que hay que acelerar, un run run leguleyo, sonrisas que te invitan a intercambiar favores y muecas de importancia, anuncian que los abogados están aquí, los abogados que aparecen cotidianamente al otro lado de la línea telefónica anunciando que estamos avanzando, los abogados que se esfuman al otro lado de la línea telefónica. Te daría risa si no se tratara de tu vida, si no fuera en serio, si no tuviera efectos nocivos esta parodia de ejercicio de la ley, que en aquellas solapas *chullas*, aquellas manos que se frotan entre sí, aparece como una representación irónica de lo irracional que es pretender hacer *justicia* a fuerza de artículos contradictorios y procesos en esta sociedad contrahacha. Te doblarías de risa con las historias de las visitas de familiares y amigas a los juzgados, «entregué las solicitudes la semana pasada y ayer fui a recoger tus antecedentes, ya sabes, los de la ventanilla ponen los certificados en unas carpetotas en los pasillos y bueno, ayer estaba un señor borrachísimo con la carpeta que yo quería revisar, hojeando estaba, sacó como 7 u 8 certificados y se fue, yo solo esperaba que no se hubiera llevado el tuyo». Te ahogarías de risa, pero no, ahora te descubres sometida a un estado de incerti-

19. Para los oprimidos «ser hombres, en la *contradicción* en que siempre estuvieron y cuya superación no tienen clara, equivale a ser opresores [...] Históricamente, sus alternativas están entre] seguir prescripciones o tener opciones. Entre ser espectadores o actores. Entre actuar o tener la ilusión de que actúan en la acción de los opresores». Paulo Freire, *Pedagogía del oprimido*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, p. 43 y 46, cursivas en el original. En esta encrucijada, nos atrevemos a afirmar que las y los guías y administrativos del Sistema Penitenciario, en cuanto tales, optarán siempre por la alternativa de continuidad con el régimen opresor que les otorga dosis de su poder.

dumbre que es en sí mismo el castigo que se prolonga, «el tipo me dice que salgo en unas semanas seguro, pero lo mismo me dijo cuando me dieron 12, preferiría saber que me quedan 10 años a la angustia de no saber».

Intuyes que nunca te perteneciste, pero ahora te angustia la certeza de que ya no te perteneces; emprendes la batalla por llenar de sentido cada instante, pero sabes que el castigo inmediato consiste en partirte el futuro. La *incertidumbre*, otra estrategia disciplinaria, es el castigo que se prolonga, aquí te quedas, hasta que esto termine intempestivamente.<sup>20</sup>

Tu tiempo que transcurría afuera se detuvo para ti cuando caíste, pero también transcurre adentro. Tu espacio se ha recortado, ahora es un espacio que se construye custodiado por elementos armados, dudosos, profesionales en abogacía, una serie infinita de hombres con cargos (supra)gubernamentales que no conoces y guías y administrativos que conoces demasiado bien y, a veces, hasta por otras internas.

Intuyes lo que es la discriminación organizada, sabes lo que es el miedo, conoces la arbitrariedad. Esta terrible sensación de que ya no te perteneces y, muchas veces, de que nunca pudiste amarte, esta certeza de que pueden hacerte daño, no sabes cómo ni cuándo, pero lo intuyes, este recuerdo en cotidianas dosis venenosas de que pueden hacerte daño, que como casi nunca será letal no podrá ser denunciado. Sabes lo que es la recomposición por fuerza de tu propia humanidad, e intuyes lo que es la reinención social de la supervivencia. Sabes cuánto daño, tan invisible como profundo, provoca la incertidumbre, ¿cómo?... ¿hasta cuándo?...

Y sin embargo, hay las que prefieren permanecer o volver acá, pues conocen las reglas de convivencia, tienen techo y alimentación asegurados, creen que Dios las metió para salvarles la vida o sencillamente no sabrían cómo volver afuera. Nuestra cárcel de mujeres «no es un lugar extraño, es simplemente la exacerbación de la cotidianeidad que vivimos fuera»,<sup>21</sup> inserta en un molde carcelario, que no es lo mismo, no es lo mismo, pero es igual.

Sistema de rehabilitación criollo, chabacano, *chulla*, que menos mal no alcanza para controlar cada minuto de tu tiempo, cada desplazamiento en el espacio, cada fragmento de tus reflexiones, cada visita que recibes, tus labios, si bien te invade, te invade cotidianamente. Sistema de rehabilitación fallido si se le compara con el sistema panóptico de disciplinamiento del alma

20. Hasta septiembre de 2008, alrededor del 80 de la población penitenciaria del país permaneció «detenida en firme», es decir, encarcelada por más de un año sin sentencia. Contrariamente a los principios del Derecho, no se trata de que los fiscales demuestren la culpabilidad de la acusada, sino de que ésta demuestre su inocencia. Los trámites para conseguir la prelibertad o la boleta de excarcelación una vez cumplida la sentencia, igualmente se prolongan meses. Estos son algunos ejemplos de la incertidumbre como estrategia de castigo.

21. Mujeres de Frente, *Sitiadas*, No. 1, *op. cit.*, p. 26.

que le sirve como modelo.<sup>22</sup> Encierro que recrea, de modo comprimido, la violencia social del afuera, de castas, racista, capitalista, de clases, individualizante, patriarcal, sexista, agresor, voraz, egoísta, intransparente, cínico.

TENGO GANAS DE GRITAR  
 NO TOLERO... MÁS.  
 ESTOS MUROS... ESTE ENCIERRO  
 CON EL ALMA SIEMPRE EN VILO  
 EN LA INCERTIDUMBRE...  
 PERO EXPECTANTE... ¡SÍ!<sup>23</sup>

22. La obra de Michel Foucault, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Madrid, Siglo XXI, 22a. ed., 1994, ha sido un referente fundamental, a partir del cual se ha desplegado una serie de reflexiones sobre el poder moderno, desde el análisis del paradigmático sistema penitenciario como sistema de habilitación del cuerpo y disciplinamiento instrumental del alma de los reclusos, en tanto ejercicio microfísico de un poder insoslayable. Si bien el modelo propuesto por Foucault sirve de referente a los mentalizadores del sistema carcelario que describimos, la dinámica en la que nos encontramos pone en cuestión la eficacia del sistema, ofreciendo más bien un esquema de ejercicio del poder erigido y sostenido por los referentes de la batalla social (pos)colonial de este tercer mundo andino.
23. Atrin, poema sin título, en Blanca Thomas *et al.*, *op. cit.*, p. 112. Mayúsculas en el original.

## CAPÍTULO II

# Mujeres encarceladas<sup>24</sup>

¿Estaría bien?  
¿Estaría bien seguir adelante y sentir?  
¿Seguir adelante y *contar con algo*?

Toni Morrison

Sé feliz, deja tus privilegios.

Mujeres Creando

Nací mujer. Mi familia, las amistades, mis educadores, cada transeúnte, mis amigas, los niños, nuestros juegos y lo que no se decía, me fueron distinguiendo desde siempre como dotada para la heterosexualidad y la maternidad normales y obligatorias, mientras me hicieron experimentar un cuerpo que debía olvidar a la hora de mi realización en cualquier otro campo de la vida. Debí olvidar la experiencia de mi cuerpo para realizarme a pesar de ser mujer, para realizarme como cualquier hombre o ser humano que, para el caso, era lo mismo. Estas claves para la supervivencia en paz con el mundo tal cual es, también me las transmitía mi madre, una fuerte mujer caribeña que optó por realizarse en la independencia económica y la creación cultural, olvidando fragmentos rojos y trémulos de su propia historia y todo aquello que la sometía, para evitar sentirse vulnerable. Yo podía hacerlo, debía, era blanco-mestiza y tendría acceso a todos los niveles de educación formal. Así las cosas, crecí, como muchas, con la vida partida entre un horizonte de realización blanco-mestizo-masculino y una experiencia femenina oscurecida, innombrada, trunca, confusa y muchas veces dolorosa, porque, después de todo, la mirada y la consecuente práctica social de relación abusiva para con las mujeres, siguen hinchando los accesos de muchos.

Ya tarde, junto con otras mujeres, empecé a reconocermé, a reconocer una historia marcada por un sexo que signa mi obligación de complacer y emular a la vez a los hombres de mi vida tal cual son. Desde que para mí se

24. Escrito revisado, discutido, corregido y aumentado por Verónica Acosta, compañera de Mujeres de Frente, interna en la cárcel de mujeres de Quito.

volvió fundamental el diálogo entre mujeres, no la conversa, sino la indagación, muchas veces dolorosa, de nuestras vidas, supe que todas tenemos una historia de violencia que recordar, no la historia de un día agotador en el que parece que me levanté con el pie equivocado, sino una historia de fragilidad, sometimiento, (auto)desprecio, culpabilidad, confusión, abuso, silencio. En aquellos primeros encuentros entre mujeres, me llamaba la atención con rabia, la altísima incidencia de abuso sexual del que fuimos víctimas, el deseo de morir de algunas, los sentimientos de fracaso, el silencio de todas. Ya no era una niña cuando empecé a descubrir con una mezcla de rabia y contento mi propio cuerpo, lugares de mí, con profunda alegría el deseo lesbiano que no sabía nombrar de niña, la potencia productiva de mi pasión, los alcances del despliegue de una capacidad de afectarse, de una inteligencia que, a fuerza de buscar en mi experiencia en relación y en las palabras de otras, iba liberando de sus cotos sexuales y sus represiones racionales. «[C]reo que la primera sensación de placer y seguridad que encontré en el cuerpo de mi madre fue una huella que nunca se borró totalmente, sobre todo en aquellos años en que, como hija de mi padre, padecí ese oscuro odio por mi propio cuerpo, peculiar en las mujeres que se ven a través de ojos masculinos».<sup>25</sup>

Nací mujer, por cesárea, en una clínica, mi madre asistida por un doctor que sabía de esas cosas, nací en una familia de clase media con un padre y una madre de izquierdas, ella responsable de la administración de la casa, ambos dedicados a proyectos de compromiso social y al trabajo asalariado en profesiones liberales, con lo cual, nos dieron a mi hermana, a mi hermano y a mí, todo lo que necesitábamos para crecer en bienestar material, además de que mi madre nos protegía, casi obsesivamente, de la visión de la violencia. Quizás por eso escribo. No he vivido el desamparo, la confusión destructiva del incesto, la angustia del empobrecimiento, la denigración del servicio doméstico, no me han inundado la impotencia del racismo, la dureza de la autoafirmación violenta de los clientes y ciudadanos de la prostitución, la soledad de la maternidad precoz, aunque sí he vivido el (auto)desprecio, la soledad, el sentimiento de fracaso, la parálisis del forzamiento sexual, el amedrentamiento, la obligación de hacerme cargo de la vida de otros, la culpa, la severidad masculina, la rabia, que me abocan al encuentro con otras sabiendo que, en mi experiencia, *yo soy un poco vos*.<sup>26</sup>

25. Adrienne Rich, *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*, Madrid, Cátedra, s/f, p. 319 y 320.

26. Mujeres de Frente, nombramos así el reconocimiento recíproco convertido en principio del diálogo entre mujeres dentro de la cárcel, por ahí por 2004. Dialogamos con la intención de detectar la identidad en nuestras experiencias, sin desconocer las diferencias y las desigualdades entre nosotras, trabajando por comprender la palabra de las otras desde las propias experiencias y desde la capacidad afectarse y comprometerse.

Siendo yo muy joven, una mujer indígena con la que conviví algunos meses y de ahí en adelante durante años en encuentros cortos y largos en la casa de ella o en la mía, me enseñó las prácticas de empobrecimiento efectivo del sistema social de clases, de organización racial de la población y androcéntrico,<sup>27</sup> que nos ha tocado en mala suerte, y la falsedad de la noción de «pobre» acuñada por los agentes del mismo sistema para nombrar a muchos y muchas. Cuando la conocí, su conviviente, ella y sus cuatro hijos e hija menores vivían y trabajaban en los predios de un proyecto concebido por un agrónomo riobambeño para los indígenas de Pastaza, él asalariado y ella impaga. Tiempo después, se trasladaron a un lote en una toma de tierra donde vivimos, si bien resulta difícil definir el sitio de la vivienda cuando por cuestiones económicas a veces se levanta un techo de cualquier modo, como sucedió con la mudanza parcial que ella se echó al hombro para manejar el bar de la escuela intercultural bilingüe donde estudiaban dos de sus hijos y la niña. Ella me enseñó que la «pobreza» es mentira. Ella sabe cultivar la *chacra* para el abastecimiento de la familia optimizando el espacio y diversificando la producción, sabe criar las gallinas y traer productos recogidos de la selva, multiplicar y distribuir los alimentos, cultivar y recoger plantas curativas, sabe curar, tejer cerámica, inventar negocios, sabe reírse, contar las historias de este mundo y otros vinculados, sabe confiar, reproducir una cultura generosa con la naturaleza que la acompaña y servir a y servirse de los vínculos familiares y comunitarios para hacer circular bienes necesarios para la vida. El empobrecimiento, en cambio, es verdad. Ella me enseñó eso con algunos hijos, hijas y una nieta muertas en sus primeros años de vida por enfermedades curables, con sus hijos e hija menores que vieron postergada su educación formal por algunos años a causa de la carestía de su vida, obligada a trabajar para producir el dinero sin el cual el individuo no es viable, relegada a trabajos temporales mal considerados y mal remunerados, con una alfabetización precaria como suele ser la de las mujeres empobrecidas. Migrante indígena forzada, sola con sus hijos e hijas y eventualmente con alguna pareja exigen-

27. Androcentrismo: del «griego ANER, -DROS, hace referencia al ser de sexo masculino, al hombre, por oposición a la mujer, y por oposición a los dioses: al hombre de una determinada edad (que no es niño, ni adolescente, ni anciano), de un determinado status (marido) y de unas determinadas cualidades (honor, valentía...) viriles. En sentido estricto es el «hombre hecho», que forma parte del ejército. Es decir, no se trata de cualquier ser humano de sexo masculino, sino del que ha asimilado un conjunto de valores viriles, en el sentido latino en el que se habla de VIR. Referirnos a ANER, -DROS en este sentido estricto, permite diferenciar lo masculino en general, de una determinada forma de conceptualizar lo masculino en función de la participación en el poder bélico-político. Androcentrismo está compuesta por un segundo término que hace referencia a un situarse en el centro, que genera una perspectiva centralista». Amparo Moreno, *El arquetipo viril protagonista de la historia*, Madrid, Horas y Horas, 1987, p. 22.



te y fallida, ella me enseñó también facetas de la violencia racista y machista, en cada fragmento de su vida marcado por la vergüenza cultural, así que sus hijos e hijas aprendieron a hablar primero en castellano, obligada como muchas a ser una suerte de accesorio del marido en sus mudanzas por cuestiones laborales y vapuleada junto con sus hijas e hijos por parte de los hombres de su vida, la ira muda de la agresión sexual sobre sí misma y sobre una de sus hijas, la de embarazos no deseados. Me mostró la rabia y el arte de luchar por la vida sin dejar de ser mujer e indígena y sin perder la capacidad de reírse. Me enseñó lo difícil que es la alianza entre nosotras en un país de mentalidad colonial y capitalista, que privilegia a los hombres blancos y exitosos y a quienes con ellos se identifican, así que educó a su hija menor en el sometimiento a su condición de mujercita, pero rompiéndose el alma para darle educación formal.<sup>28</sup> Ella me enseñó las diferencias entre nosotras en tanto discriminaciones y violencias sufridas que nos diferencian y como saberes y potencias diversas que nos enriquecen. Su mayor don, sin duda, fue echar una primera luz sobre la fuente dolorosa de alegría, aprendizaje y potencia transformadora que es el trabajo por el abandono de mis privilegios sociales, sin dejar de enriquecer los saberes que me caracterizan, como requisito de una alianza entre diferentes.

Quienes nos mantenemos firmes fuera del círculo de lo que la sociedad define como mujeres aceptables; quienes nos hemos forjado en el crisol de las diferencias, o, lo que es lo mismo, quienes somos pobres, quienes somos lesbianas, quienes somos Negras, quienes somos viejas, sabemos que *la supervivencia no es una asignatura académica*. La supervivencia es aprender a mantenerse firme en la soledad, contra la impopularidad y quizás los insultos, y aprender a hacer causa común con otras que también están fuera del sistema y, entre todas, definir y luchar por un mundo en el que todas podamos florecer. La supervivencia es aprender a asimilar nuestras diferencias y a convertirlas en potencialidades. *Porque las herramientas del amo nunca desmontan la casa del amo [...] Insto a cada una de las mujeres aquí presentes a que se sumerja en ese lugar profundo de conocimiento que lleva dentro y palpe el terror y el odio a la diferencia que allí habitan. Y a que vean el rostro que tienen. Es la*

28. «Posta de reposo entre muchos caminos, estas mujeres abandonadas, con hijos de diferentes padres, cruzan todavía los espacios que las separan de la modernidad y la ciudadanía, para ofertar a sus hijos un futuro mejor que el suyo: la integración subordinada en la sociedad urbana dominante [...] que los aleja cada vez más de su comunidad de parentesco y origen, donde exaccionan –a la par que exaltan– a sus madres y abuelas rurales sobre cuyas espaldas reposa una parte importante de los costos iniciales de su esfuerzo como «escaladores sociales».» Silvia Rivera, *Birlochas: trabajo de mujeres; explotación capitalista y opresión colonial entre las migrantes aymaras de La Paz y El Alto*, La Paz, Mamam Huaco, 1996, p. 27.

*condición para que lo personal y lo político puedan comenzar a iluminar nuestras decisiones.*<sup>29</sup>

Cuando entramos por primera vez en la cárcel de mujeres de Quito, tenía coloridas compañeras, hermanas y amigas mayores, si así se puede llamar a las mujeres más experimentadas que, amorosamente, te enseñan cosas del mundo y te dan motivos, herramientas y armas para conocerlo, destruirlo y defenderlo. Pero entonces no sabíamos, no podíamos imaginar la tenacidad de la violencia social contra las mujeres, ni el valor de las intuiciones de los primeros encuentros entre mujeres un poco iguales y un poco diferentes, eso lo reconocimos entre compañeras, algunas de nosotras presas, y con las mujeres que nos quieren y las que nos ignoran en la cárcel de mujeres de Quito. Entre mujeres, en la cárcel, aprendimos la importancia política de la *alianza*<sup>30</sup> entre diversas y desiguales.

## 1. IMPÚDICAS, IMPÚDICAS MUJERES

Ya sabemos. Bajo los esquemas del bien, para las grandes ocasiones andaremos aprisionadas en vestidos de rosados encajes primero y zapatos de taco alto u otros a la moda después, moñitos de colores, controlaremos nuestros ímpetus en el juego, ya sabemos, la delicadeza y la coquetería son encantadoras, aprenderemos a parecer más débiles que ellos, a dejarnos seducir, ya sabemos, también es bueno cuidar que no se rompa nuestro himen antes de tiempo, ¡quietas!

hay diferentes grados de violencia, violencia que viola a una niña... es que basta ponerse a hablar y darse cuenta que somos tantas, violencia generalmente sexual que me penetra sin importar si quiero, que sube sobre mí, me desgarrar y yo ahí calladita bajo el escritorio pensando que soy mala, pensando que me lo merezco, sintiendo que no puedo hacer nada porque así es la vida de caprichosa[.]<sup>31</sup>

29. Audre Lorde, *op. cit.*, p. 118 y 120, cursivas en el original.

30. Mujeres de Frente, nombramos así al principio ético de nuestra práctica política, por ahí por 2005. Principio femenino que implica no la lucha de unas cuantas por cuotas de poder, ni el trabajo asalariado de asistencia de unas victimizadas por otras privilegiadas, sino la recombinación de inteligencias, afectos y saberes entrañables y prácticos entre mujeres, que optan por desobedecer a los designios que para nosotras exigen la extracción de clase, sexual, racial y etaria. Hablamos de una práctica que florece en la *convivencia* en tanto experiencia concreta y sostenida de transformación de la existencia de las implicadas.

31. Mujeres de Frente, «Violentadas, silenciadas», en *La Pepa*, No. 3, Quito, 2006, p. 31.

quietas, entre la fantasía y la depresión, nos realizaremos en el estudio formal, en el trabajo doméstico impago y el trabajo asalariado, bien combinados con un inagotable amor materno, ojalá que de la mano de un buen esposo. «Si viéramos las fantasías de las madres, los sueños y las experiencias imaginarias, contemplaríamos la encarnación de la furia, la tragedia, la sobrecargada energía del amor y la desesperación; veríamos la maquinaria de la violencia institucional destrozar la experiencia de la maternidad».<sup>32</sup>

Ya sabemos, seremos cosa pública, cosa sexual, siempre imperfectas ante las enormes mujeres anoréxicas y muy blancas o de perfectas pieles exóticas, que atestan las calles exhibiendo ropa de marca, autos, pintura, labios, silencio ante el mito de que el agresor es un enfermo y en general un hombre desconocido, y de que la violencia sexual es solo la penetración tras un fuerte forcejeo, deseantes. «¡Aaagárrala, pégala, azótala, sácala a bailar!»<sup>33</sup>

Las mujeres crecemos en el forcejeo normalizado, entre la contención, el recato, la vergüenza, la confusión y el abuso, en las críticas que cualquier persona puede hacer sobre nosotras, extraviadas en complejos vínculos afectivos que empiezan como grandes ilusiones, usualmente truncadas tempranamente por la violencia, que continúan con algunas remuneraciones y bastante desprecio con o sin agresión física. «Para la mujer toda la culpa, para él la disculpa.»<sup>34</sup> Nosotras vivimos con la vida partida, en la cuerda floja, con deberes antagónicos entre la virgen maternal y la gata dispuesta, pero despreciando a la prostituta cuyo trabajo no es sino la exacerbación del vínculo sexual indialogante, egoísta, agresivo, posesivo, autoafirmativo de los hombres sobre las mujeres,<sup>35</sup> entre la madre abnegada y la trabajadora responsable, tratando de acertar la actitud adecuada en el momento adecuado. Habitadas, en la cuerda floja, aprendemos a no sentir, a no mirar, a negar los desequilibrios dolorosos que implican las exigencias y los abusos silenciados hacia nosotras.

Muchas, rabiosas, creadoras, rebeldes, han dicho basta, han dicho igualdad, han dicho diferencia, han dicho autonomía, han dicho mi cuerpo es mío, han dicho soy una mujer dándome a luz...

Se ha hablado y escrito mucho sobre las prácticas de sometimiento de las mujeres... blancas y con acceso a ciertos privilegios económicos, extensibles, por hegemónicos, a las otras, porque la (prácticamente inviable) familia nuclear, la feminización de los trabajos de cuidado y reproducción de este modelo, la maternidad abnegada, la (inusual) belleza estilizada, la vulnerabi-

32. Adrienne Rich, *op. cit.*, p. 395.

33. Idea reguetonera, hasta hace poco muy de moda en nuestro país.

34. Graffiti callejero de Mujeres Creando, Bolivia.

35. María Galindo y Julieta Paredes, *Sexo, placer y sexualidad. Manual para conocer tu sexualidad por ti misma*, La Paz, Mujeres Creando, s/f.

lidad sexual, el debilitamiento por explotación sin retribución, los logros ofrecidos por la igualdad en la masculinidad patriarcal, las múltiples jornadas laborales, etc., son prototipos de realización impuestos a lo largo del planeta, capilarizados muchos de ellos, ahora, por la cooperación para el desarrollo de las mujeres de los terceros mundos. Nos golpean a todas, semidesnudas al sol que no reluce. Sin embargo...

    Mi vida ha sido dura. Desde niña estuve de sirvienta en la casa de una mujer rica acá en Quito, ella me maltrataba bastante porque no le gustaban las negras, porque mi mamá no veía por mí, porque soy pobre... Siempre he trabajado de empleada doméstica. Siempre he visto por mis hijos.

    ¿Los hombres de mi vida? Todos los hombres de mi vida han sido malos... solo amé una vez... él era... maricón... a veces andaba de mujer y le gustaban los hombres. Dormíamos juntos, yo lo amaba, lo deseaba, pero él a mí no, así que no hubo sexo, pero dormíamos juntos. No me importó nada y me pasé a vivir con él. Vivíamos bien, porque él había sido de familia buena, hasta había estudiado en la universidad y era casi blanco. Fue lindo hasta que él se fue a España y se acabó mi historia de amor.<sup>36</sup>

    Nunca se sabe si una bala perdida o un estampido policial le va a cortar el resuello de cigüeña moribunda. Acaso esta misma madrugada de viernes, cuando hay tanta clientela, cuando los niños del barrio alto se entretienen tirándoles botellas desde los autos en marcha [...] Así tan sola, tan entumida, tan gorriona preñada de sueños, expuesta a la moral del día, que se asoma tajeando su dulce engaño laboral.<sup>37</sup>

Sucede. En los márgenes, en lo oscuro, estallan las existencias inapropiadas, locas de luz, color y dolor, vocean impúdicas, prostitutas, ladronas, informales, paqueteras, callejeras, nos deslumbran con la buena nueva de que acá todos somos un poco una representación de nosotras y nosotros mismos, Hombre, Mujer, atadas en la decencia o creadoras en la indecencia. Y pagan caro por ello. Hacemos oídos sordos, pero nos apabullan con la recreación marginal de la supervivencia, del amor, la risa renovada, paradójica, valiente ante la violencia ciudadana y policial que les silencia a golpes, en las madrugadas congeladas, hundidas en el agua putrefacta de la laguna del parque de La Carolina por los hombres, henchidos de poder, un poco armados de ley, abusadas gratuitamente por ellos. Al borde de la muerte, «en el mismo momento en que son detenidas y llevadas a un centro de detención provisio-

36. Paráfrasis de la palabra de una compañera presa en la cárcel de mujeres de Quito.

37. Pedro Lemebel, *Loco afán*, Barcelona, Anagrama, 2000, p. 86.

nal, cuando son víctimas de violaciones por parte de elementos de la Policía Nacional».<sup>38</sup>

En la cárcel de mujeres de Quito, se hacinan aquéllas que las dinámicas del poder señalan incluso antes de nacer, caen como si un dios perverso se vendara los ojos y disparara al azar sobre el mundo de los márgenes y también caen otras, como si al dios malvado se le escaparan unos pocos tiros dentro de la sociedad, pero nunca en las zonas de acceso restringido por la seguridad privada.

Aquí, las mujeres se entremezclan, se conocen, se reconocen, se alían, intercambian lo que saben, se autorregulan como saben, cooperan, y también se miran de soslayo, se desprecian con los códigos de la sociedad mayor, siguen viviendo.

En la cárcel de mujeres de Quito, el amor lesbiano, inapropiado, se crea y se recrea a sus anchas, en una comunidad sencillamente incluyente. A veces viene de la calle contando historias de atracos y goces, de la calle como casi todo en este Centro, a veces se inaugura con miedo y deliciosos cosquilleos, aquí, pero siempre llega de la mano del desprecio, la coacción, los modelos de violencia heterosexual; convive con la dureza de las historias de muchas mujeres, con su vida de la calle, con su infancia en el campo, con su dolor por el maltrato que es ser negra o india, con lo jodido que es vivir empobrecida, cansada y resistiendo ante el peso que es ser mujer; si bien a veces se exhibe muy blanco, criollo, con grandes ínfulas, se disfruta en pieles morenas, negras diversas; si bien a veces es engaño para sacar algo de provecho, entrelaza gozosas, hermosas pieles. Cuidado en reciprocidad. Acá se despliega la sexualidad lesbiana, pero más aún, se despliega el poder del amor de mujeres,<sup>39</sup> la capacidad de cuidado, la intensidad del amor confanzudo, que en general solo se puede volcar en los hijos de manera permanente, los saberes de redistribución de las cosas para que alcancen, los conocimientos de curación, la capacidad de adecuar los espacios para que sean respirables para otros y para otras, para que la lactancia y el crecimiento sean posibles con la mínima calma ambiental que requieren, con poquísimos recursos y mucha imaginación. Miras bien y descubres que *efectivamente*, nosotras hacemos posible el mundo, cuando un hombre y otro tomaron de mí lo que podían y se largaron dejándome estas *guaguas*, cuando hay que hacerse cargo del fruto del

38. Susy Garbay, «Discriminación de género: situación de las mujeres detenidas», en INREDH, *Diversidad ¿Sinónimo de discriminación?*, Quito, INREDH, 2001, p. 119.

39. No pretendemos naturalizar este modo de amor en el cuidado y la entrega como «amor de mujeres», sino reconocer que la experiencia de formación y supervivencia de las mujeres nos ha inscrito este modo de relación en el cuidado y vínculo entrañable con los otros, a diferencia de los niños varones y los hombres adultos, cuyos individualismo es tan usual como socialmente fomentado.

abuso sexual del que ha sido víctima mi hija, cuando no hay educación ni trabajo para mí, cuando soy hija de una mujer que me creció reinventando la supervivencia, cuando soy hija o nieta de una india que sabe muchas cosas o de una negra fuerte a fuerza de resistir el odio, de proteger a la abuela negra pasional que nos habita.<sup>40</sup>

Yo a veces me escapo y calladita lavo la ropa de las tres que vivimos aquí en el cuarto. A veces me retan porque dicen que lavar las colchas me hace mal a la espalda y que mejor puede hacerlo una compañera que se gana un dinerito con eso, pero a mí me gusta hacerlo. Ponte, si mi niña está enferma, ¿cómo no me voy a sentir bien ayudándole? Además de que no me gusta estar como almohada, hecha una vegetal, echada. Cuando cocino siempre está bueno para ellas, me piden más. Me hacen sentir bien porque nunca me hacen mala cara, porque nunca me exigen. Nos queremos, ¿sí me entiendes?<sup>41</sup>

Yo no. Yo soy corazón medio de carne, medio de piedra. Ha de ser por la vida que tuve, ¿no?<sup>42</sup>

La falla es más, más honda. Descubres que el vestido de rosados encajes, la pulcritud del cuerpo, la promesa matrimonial, educativa, laboral, son, para las mujeres desprestigiadas de muchos modos y empobrecidas, solo un referente que sirve como medida de su rotundo fracaso. Maira, cuando niña se escapó de una casa sin padre, se escapó de una madre que siempre estaba enojada, se escapó del trabajo doméstico puro y duro y nada de ollitas, se fue, y como desde siempre le gustaron las mujeres se hizo niño y como la vida es dura se hizo pandillera y... aquí está, amando a una mujer, concentrada por horas y horas sobre una mesa de juego improvisada, polilla, buscándose trabajitos eventuales para fumar, arreglándose, mientras su madre cuida de su hija, fruto de su único contacto heterosexual que fue un abuso sexual... Descubres que cuando naces destinada al fracaso social, cuando naces de mujer empobrecida, desprestigiada, opacada, la violencia institucionalizada se sirve de combinaciones complejas: mirando bien, no es lo mismo ser mujer que hombre, lesbiana que heterosexual, ser madre con hijos e hijas a cuestas que no serlo, estar empobrecida que vivir holgadamente, ser blanco-mestiza, *longa*, negra o india, ser joven o vieja, estar presa o estar libre. Ves como a

40. «Para perpetuarse, toda opresión debe corromper o distorsionar las fuentes de poder inherentes a la cultura de los oprimidos de las que puede surgir la energía para el cambio.» Audre Lorde, *op. cit.*, p. 37.
41. Emma, compañera de Mujeres de Frente, interna en la cárcel de Quito, durante una discusión del presente texto.
42. Analía, compañera de Mujeres de Frente, interna en la cárcel de mujeres de Quito, durante una discusión del presente texto.

medida que se suman más y más rasgos históricamente despreciados, es cada vez más incisiva la violencia contra nosotras. Porque en el terror y la culpa del aborto clandestino no están los hombres adultos, ni están debajo en la confusión del aprovechamiento sexual, no están en estas tristezas; porque en la calle inventando «la informalidad»<sup>43</sup> no están las mujeres blanco-mestizas; porque en las oficinas de trabajo doméstico o en los cuartos arrendados por gente «de bien» están siendo rechazadas las mujeres negras y las indias, pero no las de clase media y fachas decentes... es como si un líquido ácido te inundara el cuerpo desde adentro y te calentara mucho la piel, tal vez se llama rabia tal vez cansancio tal vez impotencia sin duda es un dolor, porque en la cárcel, presas, sufriendo un castigo íntimo y prolongado, no están las mujeres privilegiadas, porque la vida es más y más difícil a medida que descienes en el escalafón del prestigio social, porque hay quien te deja sola mirando hacia las mujeres empresarias, académicas, funcionarias de la Función Judicial, oficinistas, la muestra del camino hacia la superación de la violencia contra nosotras, porque si ocupamos y defendemos lugares de prestigio nos convencemos de la veracidad de tales argumentos, porque todas fingimos que nos va lo mejor posible. Hasta que muchas de las mujeres de los márgenes, impúdicas, ya no pueden fingir y modifican su idea de lo que puede ser la sexualidad como poder, su idea de los trabajos que te pueden dar para sobrevivir mejor, sus expectativas en la familia, su idea de la tierna abnegación virginal de la maternidad, y aparecen otro mundo, peligroso porque en si mismo es una crítica mordaz y en la práctica a los hombres y mujeres incluidas en el sistema, porque se van disponiendo a lo que *no debieran*, porque desplegando la memoria y la imaginación reinventan el mundo de la supervivencia, muchas veces de modo ejemplar, como en el caso de las maternidades colectivas que se ensayan en la cárcel de mujeres de Quito,<sup>44</sup> muchas veces de modo rabioso, agresivo, como experimentamos en las esquinas donde se agazapan y saltan sobre la ciudadanía en actos de reapropiación violenta, casi siempre pagando un costo altísimo.

43. Producida y nombrada desde los sectores dominantes de la sociedad, y ahora criminalizada y acosada por las alcaldías de las ciudades mayores dedicadas a campañas de expulsión, más y más hacia los márgenes, de quienes para las autoridades son la molesta población excedentaria.

44. Esta nueva mirada sobre la maternidad se la debemos a muchas mujeres, en particular a Emma Carrasco, compañera fundadora interna del colectivo que adoptó a las externas ofreciéndonos cuidado, confiando en nosotras su amor (esa cosa tan delicada, porque casi siempre la golpean quienes te la albergan) y mostrándonos con paciencia y muchas conversaciones el mundo de la cárcel de mujeres. También se la debemos a Verónica Acosta, otra fundadora interna del colectivo, que se ha dado a la tarea de indagar con pasión y con toda su capacidad de asombro, en las maternidades de mujeres que sostienen a hijas e hijos pequeños en la cárcel de mujeres de Quito.

¡Para! –dice la compañera que guía mi escritura– pasa que sabemos que la ley no es justicia. ¿Cómo es eso? Si cae una que estafó a un cabrón, acá está bien vista; otra cae por unos gramos y le dan 8 años, ocho, la droga sigue circulando normalmente en la calle, porque los peces gordos no caen y cuando caen, zafan, nosotras sabemos que nadie correría ningún riesgo si ella estuviera afuera. Si a vos te dijeran: Tenemos una cuenta de 500.000 en Suiza, la cuenta de un político fuerte, obviamente, es dinero mal habido, podemos sacar la plata para el proyecto o para lo que sea y, mágicamente, no hay ninguna, pero ninguna posibilidad de que caiga nadie, na-die, ¿no lo harías? La ley no hace justicia, sino que crea un marco de contención de nuestra necesidad de justicia real, vital. Ellos escriben la ley que ampara *su* modo de vida, ellos tienen las armas para defenderlo, los abogados, los jueces, las cárceles, todo. Las mujeres empobrecidas delinquen y como han sido llevadas al límite de la vida, lo hacen sin culpas, intuyen que es justo y así van reinventando la supervivencia de los suyos; de hecho, si lo pudiéramos hacer sin pagar estas penas lo haría más gente y más seguido, por eso nos meten acá tanto tiempo aunque saben que ninguna de nosotras es peligrosa, ni de lejos. Nosotras somos el ejemplo que da miedo. Eso sí, te hablo de la cárcel de mujeres, en la de hombres la violencia es ley, ya sabes, las herramientas del amo, yo prefiero no dar un criterio ahí...

Las mujeres presas... ¿cierta ética de la justicia, una intuición, una búsqueda impúdica, en tiempos de democracia neoliberal?...

Esta mañana, preparando un sociodrama, una mujer tan hermosa como maltrecha por la vida, que vive en uno de los «pabellones antiguos», hizo el rol de sí misma frente a otra compañera que representaba una autoridad benigna: «buenos días, estoy dos años sin sentencia por unos gramos, soy consumidora, como soy pobre no me han asignado abogado todavía, ayúdeme.» La sangre se me heló, cada milímetro sensible de mi cuerpo tembló de rabia... el ejemplo que da miedo... todo sucede en un ambiente idóneo para encerrarte por más tiempo a medida que descienes en el escalafón del prestigio social...

Pequeña ciudad hacinada. Aquí descubres que la (re)creación de la supervivencia en los márgenes, aunque también es una luz sobre la vida que se viene, es la vida, siempre presente en la precariedad, y reconoces la injusticia social cuando una mujer negra de 44 años trata de calcular sus días de felicidad y alcanza a contabilizar un año, cuando una tras otra optan por el egoísmo y la lucha por mí y por mis hijos, ignorando a las otras, nombrándolas solamente para contextualizar su sufrimiento particular o expoliándolas hasta donde alcanza su mano, por eso acá puedes encontrar una cabrona del trabajo sexual de otras, inclementes cobradoras de cuentas, por eso acá las mujeres gestionan la infraestructura de la cárcel pagando cada una en efectivo, arreglándoselas como pueden, por eso aquí se vive una desconfianza tre-



menda en el pensamiento y la organización colectivas y una confianza fiel (siempre traicionada) en los Derechos Humanos y los abogados decentes, que deben, tienen que existir, porque acá nos concibieron y nos concebimos como casos personales, en un sistema que aparenta su capacidad de resolver casos y casos, asumiendo unos pocos, abandonando a casi todas en su bien incorporada ideología del Yo-pobre / Yo-madre, a prueba de bala, porque en esta vida se ha sufrido mucho, yo no confío ni en mi propia sombra.

Ciudad que da miedo. Aquí descubres que el castigo vertical y la violencia horizontal esgrimida por nosotras mismas contra nuestras iguales y por la gente con la que tenemos vínculo, se da en clave de género, así que los cuerpos de mujer encarcelados son explotados en tanto sexo penetrable, en tanto fuerza laboral cuidadosa de los detalles, en la elaboración de bolsas de regalo, pequeños sobres para tarjetas de débito de grandes bancos y de empresas de comida rápida, piezas de costura, con remuneraciones miserables, imparables mujeres explotadas como portadoras de saberes domésticos como lavandería o cocina, siguen pagando penas, fundamentalmente, por haber transgredido el rol de la «buena pobre». Guías, órdenes, dosis de poder, las requisas remarcan tu vulnerabilidad sexual y destrozan la organización de tu cuarto; las «visitas íntimas» son en las cárceles de varones porque ellos tienen necesidades sexuales, son más osados y por lo mismo resulta más peligroso trasladarlos cada semana, además de que tú soportarás bien los abusos de cada jueves, como lo hacen las esposas no presas, las prostitutas y amigas en los días que visitan las cárceles de varones. Este castigo en clave de género, te angustia por la situación de tus hijos e hijas complicada por tu encierro.<sup>45</sup>

Esos de la Fundación siempre deciden por uno, por alguien que no les pertenece. Deciden cuándo mi hija puede venir a visitarme, la castigan porque dicen que es rebelde quitándole la visita acá y yo digo que también me están castigando a mí, ¿no? Es duro tener que separarse de un hijo sin querer. Pensar de noche «¿estará tapada?, ¿tendrá frío?». Mientras no hablo con ella no me quedo tranquila pensando que se perdió, que se escapó.

Esas Fundaciones son lucros que se hacen. Hacen trabajar a los niños vendiendo en la calle detergentes. A los jóvenes les mandan a hacer escobas, trapeadores, desinfectantes para vender. Mi *guagua* no es que se dice «está comiendo gratis».

45. «La cárcel, constituye para las mujeres un espacio genéricamente discriminador además de opresivo, que se pone de manifiesto en la evidente desigualdad de trato que reciben en relación a los varones, en el diferente sentido que tiene el encierro para ellas, en las consecuencias del encierro, en la forma como la administración de justicia opera frente a sus casos, y en las concepciones que la sociedad en general atribuye a las mujeres en estas circunstancias.» Susy Garbay, *op. cit.*, p. 116.

No pueden hablar con un varón porque les cae la disciplina, lavar 80 platos, así contó una niña que se fugó de allá.

Cuando me quejé, me dijeron que si quiero la saque a mi hija para que otra ocupe la plaza. Ellos prefieren niños de la calle, porque no hay quien proteste si les maltratan, les explotan.

Yo le pregunto a la niña «¿vos comes bien allá?», «una colada quemada», dice. Igual no sé si creerle, porque tal vez habla para que me dé pena y no le siga mandando.

Lo que más duele de lo que le pasa a uno en la vida es lo que les pasa a los hijos de uno, uno sufre más que los mismos *guaguas*, porque ellos pueden olvidarse con el juego, pero uno no, uno guarda lo que les pasó o lo que les está pasando.<sup>46</sup>

## 2. ESTÁ CANSADA, TAL VEZ ASUSTADA Y QUIZÁS PERDIDA. PERO SOBRE TODO ESTÁ SOLA Y EN SU CUERPO LLEVA OTRO BEBÉ EN EL QUE TAMBIÉN TIENE QUE PENSAR<sup>47</sup>

La maternidad *es* una actividad femenina por excelencia, la que goza del mayor reconocimiento social, ya sabemos. Aquel destino en cuyo nombre se despliega una serie infinita de «virtudes» y deberes de Mujer, aquel destino que llena de contenido el ser Mujer, nosotras en el recato, el cuidado, la entrega, el sacrificio, el matrimonio. Ya sabemos que es nuestro *derecho* (no así el aborto) y nuestro *deber*, aquella experiencia que no sabemos con claridad desde dónde la deseamos y hasta dónde la sufrimos. Es aquella experiencia normada, en la que las mujeres hemos podido, en los resquicios, desplegar *nuestra* creación. Todo se vuelve muy confuso.

En la cárcel de mujeres de Quito, hemos temblado en tantas, tantas historias de madres, asombradas por la identidad de unas con otras, por la violencia que puede sufrir un cuerpo de mujer dotado para la maternidad, porque antes de caer luchábamos afuera y aquí seguimos en la lucha.

46. Analía, compañera de Mujeres de Frente, interna en la cárcel de mujeres de Quito. Presa, además, en el sistema de asistencia social a los niños, niñas y adolescentes en situación de riesgo, que no es otra cosa que un sistema de expropiación abusiva de la maternidad no solo por la separación forzada de la madre y sus hijos e hijas, sino también por la definición prejuiciosa del sujeto legítimo de conocimiento sobre lo que es bueno para las y los más pequeños, en una práctica indialogante con quienes han sostenido la vida de incontables hijos e hijas. Se trata de otro dispositivo de criminalización de las maternidades empobrecidas y de disciplinamiento y contención de los y las niñas en su categoría de «pobres».

47. Toni Morrison, *Beloved*, Barcelona, Edic. B, 1995, p. 131.

Quizás no está de más volver a hacer visibles las diferencias entre una señora madre de familia y su empleada doméstica, *mamitica*; la madre dueña de casa y la que no consigue cuarto porque el racismo es la desconfianza y no te arriendan; entre la madre profesional dedicada a la doble tarea de trabajar en una oficina asalariada y en la maternidad apoyada por trabajadoras domésticas, y la trabajadora informal dedicada a las incontables tareas de sostener la vida cada día; una mujer que da a luz en la Maternidad entre insultos e incomprendiones y la que pare asistida por una partera que sabe en su piel de qué se trata; la que compra en el *Mall* y la que cría y recolecta en la tierra; entre la que cría dos niños rosaditos asistidos por su niñera y la que se ayuda por y sostiene a diez niños y niñas de mejillas pasposas, según su edad y su sexo. Diferencias verticales, diferencias horizontales, diferencias ondulantes, diferencias que se viven como abismos entre nosotras. Entonces volvemos a reconocer que la *alianza* entre nosotras puede llegar a ser la redistribución horizontal de los recursos de todo tipo, la puesta en común de saberes diversos, el encuentro en nuestros poderes silenciados, éstos que se intuyen como sexto sentido, éstos que nos crecen en la primera palabra, en las primeras herramientas de vínculo con el mundo, en la pareja creadora original de la comunidad madre-hija / madre-hijo,<sup>48</sup> en el erotismo libre de sus cotos sexuales y su desprestigio, pero también en la ira como fuente de conocimiento y fuerza,<sup>49</sup> saberes de brujas y curanderas, saberes de poetisas, saberes de madres, de supervivientes, indias, el encuentro en la contención de unas por otras. Crecidas en la falsificación de nuestra experiencia, hablamos de una *alianza* para ver, para optar, para prodigarse cuidado en reciprocidad, para redistribuir, «¡compre, cóompreme!... después preguntan por qué se les roba»,<sup>50</sup> para redistribuir.

Pero no. Cuando los sectores en el poder hacían mujeres en las cárceles, muchas de ellas señaladas desde antes de nacer, encierran las voces de muchas que, casi sin excepción y al unísono, cuentan historias de maternidades coartadas, dolidas, jodidas. Son tantas, tantas, que para un oído atento son una denuncia multitudinaria y radical y para nosotras una fuente de saber y rabia.

Los hijos y las hijas son un regalo de Dios, lo mejor que te puede pasar en la vida, porque son las únicas personas en el mundo en las que puedes poner tu amor de por vida, los hombres se van, todo el mundo se va, ellos son tu compañía.

48. Luisa Muraro, *El orden simbólico de la madre*, Madrid, Horas y Horas, 1994.

49. Audre Lorde, *op. cit.*

50. Nos interpeló una mujer presa, algún día de mayo o junio de 2004.

Las ocurrencias de mi hija, verla crecer, es tan lindo, aunque he sufrido tanto por ella que a veces creo que hubiera sido mejor no tenerla y andar sola.<sup>51</sup>

Muchas, vapuleadas por las aduleces tempranas del empobrecimiento, todas, por los prejuicios y el silencio como principal contenido de la palabra cruzada con sus madres, relegadas a trabajos mal remunerados o a inventarse el trabajo, «desempleadas» las analfabetas, las negras, las indias, las empobrecidas, ilusionadas ante una sonrisa babosa y golpeadas por el fracaso en el amor, aquí se juntan alrededor de quinientas voces que hablan claro y dicen que las madres que no se encuentran entre las señoras «de bien», tienen la confianza rota, trizada como los modelos del bien, y que las hijas y los hijos, pequeñitos, que te necesitan, son las personas en las que puedes poner tu amor, confiando en que tiene sentido, en que mañana también será posible.

Ni una sola madre de familia aburrída. Unas caen, otras salen libres después de tanto, otras vuelven aquí, lo cierto es que ahora son alrededor de quinientas voces que al unísono hablan claro, y muchas más de mil manos en movimiento coordinado, porque las abuelas, las tías, las comadres que andan afuera, también participan.

La calle. Pequeñas y grandes mamás buscan, rasgan, reutilizan cada rincón del mundo para sostener la vida, las trabajadoras «informales» se cue-  
lan en el trayecto y los gustos del pueblo, una camina con una *guagiita* minúscula colgada de su canasta, otra ha plantado un puesto de comidas portátil en torno al cual revolotean los pequeños y ayudan las más grandes,<sup>52</sup> una trabajadora sexual aguanta, traga saliva, una estafadora planifica, una ladrona se arriesga, una caramelera dormita, una vendedora de chucherías vocea, la valentía de vender gramitos en la calle atestada de policías con quienes negociar, de hombres que viven de la explotación de ellas, inventándose fuentes de ingreso hasta del aire, muchos pares de ojos, desconfianza, suspicacia, aburrimiento, cansancio, desprecio, ilusiones. La cárcel. Hay negocios de todo y más, de comida, de venta informal, de tejido, peluquería, venta de mascarillas, de servicios varios, hay trabajo superexplotado para grandes y pequeñas

51 Paráfrasis de la palabra de Analía, compañera de Mujeres de Frente, interna en la cárcel de mujeres de Quito.

52. «Varios estudios señalan el aumento notable en la participación de mujeres y niños/as en el mercado de trabajo, y lo interpretan como síntoma de una «feminización de la pobreza», cuya característica principal sería que, a medida que más mujeres (y migrantes, indígenas, jóvenes, niños...) ingresan al mercado laboral, éste se degrada más en cuanto a niveles salariales y condiciones de trabajo, obligando a toda esta población a contentarse con ingresos de infrasubsistencia que les valen una jornada laboral cada vez más larga o la explotación creciente de otros/as miembro/as de la familia.» Silvia Rivera, *op. cit.*, p. 1.

empresas de negociantes exitosos, en una circulación de las platas de las que más tienen a las que necesitan, de acá adentro a la manutención de los *guas* afuera, de acá adentro a la calle en las manos las vendedoras de tintes, ropa y mucho más, que vienen los días de visita a la cárcel para hacer negocio, de afuera adentro para apoyar a mi hija. Circulas, circulando en la memoria por barrios o campos en donde la brujería es verdad, en donde se pare con ayuda de la vecina que sabe de eso, en donde se murmura en lenguas indígenas, en donde los cables de luz de casa en casa dibujan los vínculos familiares, en donde compadres y comadres y comadres y compadres se ayudan. En activo, todo sucede como si los hijos e hijas que vienen una tras otro, tras otra, fueran una suerte de cristal para mirar el mundo por crear y sostener, un cristal que a veces contiene la lluvia y el frío, un cristal útil para proteger el cuarto, para mantenerlo limpio. Es como si los hijos e hijas fueran una fuente de pasión inagotable, de ganas y a veces obligación de seguir viviendo, de amor y responsabilidad, en este paradójico mundo que mezcla y confunde lo agradable y lo desagradable, la creación y el trabajo forzado, lo posible y lo imposible. Presión. Presión, presión. Estas niñas vivirán, crecerán como la resistencia de sus madres obligadas a ahorrar sus entregas, ahorrando, muchas veces conformándose con lo mínimo necesario para que la vida siga siendo, reduciendo sus expectativas, sin olvidar un pastelito cocido en olla de presión porque no hay horno, un pastelito para el día de tu cumpleaños, si recordamos el día, si sigues conmigo, si pude retenerte, si mi madre no tuvo que cogerme la posta, si no andas callejeando, «hoy vino mi hijo y le pedí perdón».

[P]lacer y abuso son dos vivencias contrarias, placer y miedo son dos vivencias contrarias, sentirse querida y sentirse usada son dos vivencias contrarias, sentirse dueña de sí misma y sentirse propiedad de un «otro» son dos vivencias contrarias ¿Cómo saber? Nunca debemos permitir que estos sentimientos y sensaciones se entremezclen. Debemos aprender a diferenciarlas para poder rechazar la violencia en nuestra vida.<sup>53</sup>

¿Cómo saber?, ¿cómo?

Ella anda impresionada, corretea de aquí para allá cazando más y más testimonios, ha visto cosas lindas y cosas duras. Ha escrito sobre la maternidad como trampa y nos revela que acá hay mujeres que viven la maternidad que todas quisiéramos, ¡claro!, en su pabellón, uno de los «nuevos», hay mujeres que tienen a sus hijas chicas, por eso mismo aún no expropiadas, y tantas compañeras pendientes, que ya no se trata de una carga sino de una ale-

53. María Galindo y Julieta Paredes, *op. cit.*, p. 91.

gría compartida, una niña casi pareciera que no ha aprendido a llorar porque siempre hay una para consolarla, para alimentarla, para dedicarle unas palabras dulces, para enseñarle alguna cosita, para darle lo que tiene para su hija que está lejos, no le falta nada porque todas comparten lo que tienen, hacen circular sus pocos bienes, cuando la niña está enferma estallan los remedios caseros, los secretos para el alivio, nada de sacrificio, más bien la pregunta es cómo arreglártelas cuándo salgas sola, como mienten que viniste al mundo. «¿Y, será que nos vamos convirtiendo en malas madres? ¿O será que volvimos a tener gusto por estar juntas compartiendo? ¿Será que vamos descubriendo otras formas? Formas que en vez de culpas, lamentaciones, incapacidades, nos van abriendo nuevas puertas.»<sup>54</sup> Ella lee lo que está escribiendo, «escribió cosas que yo he dicho, ya voy a escribir lo mío, mi vivencia, lo que hemos conversado, mi título es: ¿Qué tienen las blancas que no tenga yo?», a ver muchachas, ¿qué tienen?». La Madre dice que ya van dos veces que se escapa a la capilla para terminar de escribir sobre el amor a las hijas y los hijos que una no ha parido.

En un círculo pequeñito, se indaga en las experiencias y opiniones diferentes sobre el amor, la maternidad, la vida, la cana, de las mujeres de muchos colores que estamos aquí. Nos rompemos la cabeza y hasta la alegría tratando de concebir un modo material, perdurable, de echarnos una mano. Todas tenemos una historia de violencia que recordar, historias de creación y valentía que contar, golpes certeros en el sentido y en la piel, todas tenemos que reconstruir la confianza.<sup>55</sup> Y aparecen una y otra vez los hijos y las hijas, las historias que son una historia, que atraviesa de lado a lado como una flecha delgadita, certera, que asfixia en una inundación que bulle desde adentro y, también, que tensa los labios por la paradójica alegría retardadora de estar aquí.

54. Vero, «Mamás adentro y afuera», en *Mujeres de Frente, Sitiadas*, No. 2, Quito, Mujeres de Frente, 2006, p. 27.

55. Rota por esta mala vida. Reconstruir la *confianza* es tan difícil como fundamental para esta alianza.



## CAPÍTULO III

# Palabra de mujeres<sup>56</sup>

No hay palabra verdadera que no sea una unión inquebrantable entre acción y reflexión y, por ende, que no sea praxis. De ahí que decir la palabra verdadera sea transformar el mundo. Nadie puede decir la palabra verdadera solo, o decirla para otros, en un acto de prescripción con el cual quita a los demás el derecho de decirla.

Paulo Freire

Lo esencial es que todas enseñemos, mediante la vida y la palabra, las verdades en las que creemos y que conocemos más allá de la razón. Pues solo así, participando en un permanente proceso vital de creación, en un proceso de crecimiento, nos será posible sobrevivir. Y es algo que no se hace sin miedo...

Audre Lorde

Yo la amo. La quiero tan profundamente, que muchas veces un largo abrazo me repleta de ganas de hundirme en ella, de protegerla, de dejar salir tantas cosas que se me atorán. Así que muchas veces, antes de empezar la jornada subo a su celda, la abrazo confianzuda, quiero saber cómo van sus cosas y ella le ofrece un café a su chiquita. Siempre se levanta muy temprano en la mañana, calienta el agua para el café de sus compañeras y si está en el cuarto, guarda silencio para que su hija de acá dentro desquite el insomnio de una noche de castigo, de elaboración de la arbitrariedad, de la incertidumbre de lo que viene, ¿la absolución, la confirmación de una larga condena?, de reflexión inquieta de lo que juntas podemos. A veces entro al cuarto y ella no está, y

56. Escrito revisado, discutido, corregido y aumentado por Verónica Acosta, compañera de Mujeres de Frente, interna en la cárcel de mujeres de Quito.



esta mujer fuerte duerme, fumo un cigarrillo mientras la veo dormir, me dejo sentir hasta dónde acompaño esta condena que ya es nuestra, la miro dormir y pienso cuánto la quiero. De pronto se despierta: «Negra, ¿por qué no me despertaste?, ¿ya son las diez?», enciende un cigarrillo y empieza el cuento de cómo han ido estos días, de lo que la indigna, de lo que la ilusiona, de las posibilidades que se abren con este trabajo, lo que ve (puede ser que le dé un beso, puede ser que le acaricie la mejilla); yo le cuento cómo van las cosas afuera, lo que me indigna, lo que me alegra, lo que veo. Salta de la cama de arriba a la de abajo, busca su ropa, se alista para empezar la jornada, sin interrumpir la charla. Otras veces llego y una bolsa de compras o muchas voces conocidas me anuncian que otras compañeras llegaron antes, ella ha repartido café a su puñado de hijas del colectivo, ella ya se ha desperezado de su noche de castigo y ha empezado el cuento de cómo han ido estos días, abrazo a mi hermana que entró antes esta mañana, muchas veces con ganas de quedarme prendida a su abrazo. Puede ser que una voz conocida vocee nuestros nombres en el pasillo de la entrada y que bajemos corriendo a este día de trabajo. Puede ser que las primeras palabras y abrazos del día nos los repartamos en el pasillo de la entrada donde se han ido juntando las hermanas y compañeras de adentro y afuera.

Yo nunca pensé que una llegara de verdad a querer a otro ser humano que nunca había conocido antes, pero así tengo 4 hijas que conocí acá en la cárcel, 4 hijas que las adoro mucho, muchísimo, son como ángeles caídos del cielo, con ellas he llorado, reído, cantado, las que siempre han compartido conmigo un beso, un abrazo, un te quiero sincero, unas galletas.<sup>57</sup>

En un círculo de nosotras, ella lee lo que ha escrito durante las últimas semanas, han sido varias veces las que se ha escapado a la capilla para escribir y hoy lee su trabajo, yo sentada a su lado la escucho y sigo con cuidado las líneas que ha trazado con esfuerzo sobre las hojas blancas de papel, algunas han dejado espacios amplios, otras espacios apretados, algunas líneas son muy rectas, otras se le desviaron ligeramente hacia arriba o hacia abajo, todas trazadas con regla y un esfero de tinta azul, que descubro como un reto de plástico que ella decidió enfrentar; cada palabra escrita es un esfuerzo, lo sé porque descubro la tensión con que han sido plasmadas, lo sé porque las palabras se parecen a si mismas aunque no siempre coinciden las letras que las compondrían correctamente; su lectura es recortada unas veces por la conmoción que le produce lo que expresa, otras porque trata de adivinar lo que ha escrito, mientras yo me esfuerzo en lo mismo, puede ser que adivine la pala-

57. Emma, «Mis hijos, mis hijas», en *Mujeres de Frente, Sitiadas*, No. 2, *op. cit.*, p. 29.

bra y continúe la lectura lenta y correcta o puede ser que intuya la palabra y, sin levantar los ojos del papel, nos regale unos segundos de narración oral para alcanzarnos a decir lo que quiere. Cada centímetro de mi piel sensible se estremece, la vuelvo a amar, vuelvo a comprender por qué. Esta escritura es una lucha por organizar la memoria, que es un modo de recuperarla, es una lucha contra una historia de mujeres condenadas al analfabetismo funcional, pero más aún, condenadas al silencio de lo privado, y en el «mejor» de los casos a la ventriloquía a través de «los que saben», pero sobre todo es un acto de amor y de guerra. Como lo es el diario que esta otra mujer maravillosa trajo hoy para que lo veamos, un cuaderno corriente que su hija ha inaugurado con una carátula muy colorida y que ella llena de su amor, su dolor, de lo que le parece injusto, ella escribe con un gran esfuerzo y cuando está agotada dicta a su compañera de celda que tiene una escritura fluida, así que cuando tengo el diario entre las manos encuentro una escritura desenvuelta, corregida por una escritura de mano tensa, que dibuja la misma letra que la de otras páginas; no se trata de cualquier diario, porque es la palabra de nuestra instructora de tejido, es parte de esta lucha por armarnos, entre todas, de saberes diferentes, útiles. No se trata de cualquier escritura, porque es la palabra cobijada por la esperanza y el compromiso de otras tantas mujeres, porque es una escritura que sirve a un proceso de reapropiación de nosotras por nosotras mismas, porque es una escritura que trabaja por revelar este mundo, protegerlo y destruirlo, en un esfuerzo colectivo del que cada una es parte.

## 1. UN ACTO DE AMOR

«No sé para qué me dan cárcel si sola me castigo todo el tiempo. Me da rabia no haber podido responder a la golpiza de ese cabrón y sigo dándole vueltas. Nunca te parece que has dado lo suficiente, ves que no puedes proteger a tus hijos y te descontrolas, y encima acá se sufre por no estar cuidando, alimentando. Me da rabia porque sé que vivimos autocastigándonos.»  
¿Para qué dar cárcel a las mujeres, si las dinámicas de autocastigo son un modo de ser? Culpa. Confusión. Lo jodido es pensar desde el horror, desde adentro, solo desde ahí puedes decir la verdad, enfrentarla, modificarla, tejer alianzas y eso es lo que

estás haciendo. Deberías amarte como yo te amo.

Fragmento de mi diario, 09/05/06

Nosotras decimos que la palabra solo sirve cuando sirve a un proceso vital de creación permanente, porque es la pronunciación de la experiencia que va siendo en situación. Alguna gente puede hablar y (re)crear el mundo por decreto, con una lámina del aparataje institucional por armadura; muchas hablan en silencio, armadas de agujas finitas con las que van parchando el mundo para que sea posible, y pronuncian la fantasía y la rabia con las que luchan por realizarse en la palabra institucional, cuyos efectos son la resignación y la confusión dolorosa de la batalla horizontal. La palabra contundente de todas nosotras no logra ser pronunciada, porque desde pequeñas nuestra confianza ha sido traicionada por actos incestuosos, egoístas, maltratantes, ese candado que cerraba el cuarto conmigo adentro cuando mi mamá se iba a limpiar casa ajena, aquellas miradas de desaprobación, vulneradas por gestos racistas, decretos profesionales, geoestratégicos; no alcanzamos a pronunciar el mundo porque la palabra institucional nos confunde entre más y más decretos paradójicamente incomprensibles y comprendidos en la piel como modificación violenta de nuestra vida cotidiana, que nos debilitan la esperanza y nos fortalecen la resignación y la continuidad de esta vida creadora. Nudos en el estómago, los ojos parece que van a estallar, pero no, agotada, realista, sigues adelante. Por eso resulta perversa la palabra *sobre* los y las condenadas de la tierra, que es una escritura maestra incapaz de asumir los efectos de la *cultura del silencio*<sup>58</sup> en el actual sistema de poder. La palabra solo sirve si es reparadora, si a través de ella se nombran y se modifican nuestras relaciones concretas, en situación. Por eso resulta perversa la palabra *sobre* los y las *otras*, aunque se autodenomine transformadora, porque es una escritura ventrílocua que secretamente defiende la posición de quien habla, en una estructura de distribución injusta de los recursos que se sostiene sobre una trama compleja de parálisis afectivas, efectivas. La palabra, siempre, se produce desde una posición política.

Nosotras decimos que la palabra es también una lucha contra el Poder de la Palabra, por eso, criar las *guaguas*, arreglar el cuarto, dejar fluir el amor y la rabia, escuchar a la otra, temblar, sembrar, tejer escarpines, las pasiones trucas, freír papas y salchichas, tramar, son gestos desprestigiados de pronunciación del mundo, sin los cuales la palabra no puede enunciar nuestra verdad. De hecho, el nuestro

58. Paulo Freire, *op. cit.*

es un «silencio» que tiene el valor del lenguaje de la supervivencia, son saberes, malestares, fortalezas, que aunque no alcanzan a ser nombrados, son parte fundamental de nuestra palabra. Algunas estamos tomando la palabra y decimos que somos fuertes, yo quiero hablar de la fortaleza de las que han decidido callar para invertir todo su poder en la resistencia, porque no le encuentran sentido a la toma de la palabra, así oral, porque seguir adelante es una cuestión de vida o muerte.<sup>59</sup>

La palabra colectiva, transformadora, es la que es capaz de bajar y subir, una palabra vivida capaz de impulsarnos apasionadas hacia una mirada panorámica, que vuelve a bajar a las sensaciones que convergen y estallan en cada una y en las que le acompañan, para convocarnos, pasar por el reconocimiento de las experiencias comunes y diferentes, por lo que sabemos y vamos sabiendo, por lo que escuchamos y leemos, para volver a subir, enunciar una palabra interpelante, que ilumina el mundo tal como está siendo, escuchar y bajar, por eso es una palabra siempre nueva, por eso es la única vía de supervivencia de otros modos de construir el mundo, por eso es un arma de lucha. Nos envuelve y revuelve en el descubrimiento del mundo en el que somos, en una batalla contra los mecanismos paralizantes, visibles e invisibles del poder, sufridos y resistidos aquí y ahora, pero también en la (re)creación cotidiana de otro mundo.

Nosotras decimos que la palabra es una *alianza vital*, que va reconstruyendo la *confianza* en la *convivencia*, por eso la palabra es un abrazo, un enamoramiento, una alianza en el descubrimiento, en el aprendizaje, en la denuncia, acompañadas, en la supervivencia del poder cotidianamente expropiado. Nuestra palabra quiere ser la alianza que nombra el trabajo transformador de las posiciones sociales asignadas a cada una antes de nacer, aquí, en donde no se trata solo de plegar a la consigna de que «los pobres» accedan al Estado de Bienestar, sino también de cooperar en el abandono de los privilegios de algunas, en un acto, aquí y ahora, de redistribución de los recursos, de reformulación del mundo. Esta alianza pasa por *dejarse afectar*, bien lejos de la «objetividad» separada de la experiencia, se trata de *ser parte* del trabajo de reapropiación de nosotras por nosotras mismas, en la lucha contra el orden establecido.

Sabemos que si bien la elaboración de la experiencia es singular, la vida de todas es acosada por gestos repetidos del poder de dominación, así que indagando en la propia experiencia, en el diálogo y en el deseo de ser con las otras, apostamos por la pronunciación del sistema social que ya no quere-

59. Paráfrasis de la palabra de Verónica, compañera de Mujeres de Frente, interna en la cárcel de mujeres de Quito, durante la discusión del presente texto.

mos, desde sus diversos efectos nocivos, y por la afirmación de lo que podemos. Dejarse afectar es dejarse abrazar, mirar el mundo de frente, actuar, trabajar por una *política del cuidado recíproco, de la transparencia recíproca*, que es otro modo de decir, de vivir en el combate a las dinámicas de silencio de nosotras, de atomización e injusticia social.<sup>60</sup> Los cuerpos que se abrazan, las miradas cómplices que se cruzan, las heridas son concretas, hermanas en la convivencia, en la confianza, en la palabra posible, que es decir, en la certeza de que somos parte de un compromiso con la vida. «O nos salvamos entre todas, o aquí no se salva nadie.»<sup>61</sup> Por eso la palabra en la alianza es un acto de amor.

## 2. ...Y DE GUERRA

Las prácticas de autolegitimación de la palabra institucional son varias, diversas, e incluso pueden aparecer como antagónicas; sus agentes son igualmente diversos y hasta contradictorios. La palabra es pronunciación del mundo, batalla por el poder interpretativo, por eso implica procesos de producción en lugares de enunciación específicos, con accesos diferenciados a los recursos del habla. La palabra es pronunciación de relaciones sociales concretas.

En la rivera, si no se mueren de hambre es que algo queda en la sangre que el viento no, no se llevó, y rumbean, todas las noches rumbean, cuentan historias que ni el más cruel, cruel, imaginó, mastican rabia, como en antiguas reducciones, sin siquiera saber de dónde viene su piel. La púa es como una antigua lanza guerrera, la nueva arma del urbano cazador, parece ser que envenenarles no es violencia, y es violencia su desesperación. En la rivera, en la rivera se culea, el parapléjico te mueve, el abuelo te chorea, y se culea, rebelión indigente, lleva la vida el aukero, flores del riachuelo.<sup>62</sup>

60. La campaña por la Seguridad Ciudadana dibuja un ejemplo actual de lo que queremos decir. Los detentores del poder político y económico van construyendo una «verdad» sobre la realidad social, apoyados en las tecnologías del poder comunicacional, legislativo, policial, profesional, paternal, que permea el sentido común, creando para sí mismo el Gobierno del miedo que construyen. Así, las posiciones clasistas, racistas, patriarcales se refuerzan, las dinámicas de silenciamiento se invisibilizan, la represión de los sectores empobrecidos se incrementa. Hablar *desde* las experiencias de empobrecimiento renovadas por estas mismas prácticas de dominación, desde un empeño de reconocimiento y cuidado mutuo, concreto, sin olvidar la continuidad de la violencia, vertical y horizontal, instituida históricamente contra nosotras, ni el deseo de otro mundo que vamos ensayando, nos permite, además de una denuncia certera, la consolidación de una alianza-palabra-sub-versiva duradera.

61. Graffiti callejero de Mujeres de Frente.

62. Bersuit Vergarabat, *Testosterona*, disco compacto, Buenos Aires, 2005.

La guerra está decretada. Las partes ya no son burguesía y proletariado, sino *incluidos* y *excluidos*; aunque en realidad se trata de una guerra multilateral, estos son los términos en que se plantea; aunque en realidad no existen partes conformadas sino un decreto resistido, éstos son los términos en que se plantea. El decreto baja unilateral, dice: marginalidad, antisocialidad, delincuencia, pandilla, nación, narco, crimen; permea lo social; la batalla es por la supervivencia de la democracia neoliberal, por la vida depauperada que se resiste al decreto de desaparecer; la violencia es vertical, la púa reactiva, horizontal, cruel, los actores han asumido los términos viriles de la guerra, la palabra instituida, su existencia hecha posible y el sacrificio siguen siendo, racialmente marcados, femenino e infantil.

En la cárcel de mujeres de Quito (esta suerte de ciudad tercermundista hacinada, experiencia fallida del sistema de disciplinamiento moderno del alma, esta suerte de laboratorio del afuera), se perpetúan las relaciones hegemónicas que reproducen el mundo viril, voraz, de distribución inequitativa y del quehacer silencioso de nosotras.<sup>63</sup>

Una vez detenida, puede ser que tengas suerte y alcances a pagar un abogado aunque, muy seguramente, mientras te habla en el lenguaje que te condena, te sangre el dinero en que vas transformando tus bienes, o puede ser que te asista un abogado de oficio que jamás conocerás, pero que tiene tu suerte en sus manos indolentes, te asignarán un número, diagnóstico, jurídico, seguridad, sus palabras te marean, los oficios van y vienen, los partes, los informes, los burócratas, las órdenes que cumplir, pierdes la noción de quién te defiende, quién te acusa y quién solo te está tramitando. Tienen la última palabra. Deberás asistir a programas de rehabilitación, a consultas con el sicólogo y perderás la noción de tu salud mental y social, a la vez que les sigues el juego en el que no crees porque, menos mal, no han logrado arrancarnos nuestra inteligencia, ésa que resuelve la vida cotidiana, que da de comer, que abraza, baila y planifica. Pero nunca, nunca te preguntarán por ti, mucho menos por nosotras, aunque aquí todo el mundo sabe que no hay delincuentes por reformar o neutralizar, nadie te preguntará por ti, más como un modo de ejercer autoridad que como una decisión de corregirte. Eres delincuente, excluido, un ser sin rostro, sin historia, te autocastigas, responsable de tus crías, luchadora. Los oficios van, los informes vienen, las investigaciones continúan, se prolongan, se prolongan, se autoconvocan las reuniones de los quienes van a decidir lo que te conviene, lo que llegarás a decir que te con-

63. Ciudad tercermundista, femenina en su composición, pero androcéntrica en sus instancias administrativas, de seguridad, de diagnóstico, de relación horizontal, etc. Por eso decimos: «esta suerte de ciudad tercermundista hacinada», porque nos permite mirar la violencia sistémica, vertical y horizontal sobre nosotras, que «adentro y afuera somos las mismas».

viene, continúan laboriosos, indolentes, efectivos, fallidos. Eres delincuente, excluido, un ser sin rostro, sin historia, sin urgencia, te autocastigas, tal vez te quitarán a tus hijos e hijas por el bien de todos y las monjas de su caridad tomarán la palabra, defendiendo a tus hijos de ti, los códigos son los de «los derechos de los niños, niñas y adolescentes», sus palabras te marean.

Hace pocos meses entraste convencida, como todas, de que tu estancia sería corta, ahora te estremeces, vas descubriendo que ya no te perteneces, que quizás nunca te perteneciste, que cada amenaza, cada oficio, cada programa, cada principio, va escribiendo sobre piedra tu condena a la incertidumbre, tu incomprensión de cómo, por qué y hasta cuándo; te estremeces, tu mueca es de llanto, de desprotección, te aconsejan que no, por el bien del bebé que crece en ti, y una hermana nacerá en tu compañera de celda, tu compañera en la desprotección y la lucha por comprender los códigos de la condena y las posibilidades de ambas. La palabra instituida te marea, en un acto impensado, repetitivo, necio, reproductivo de los sistemas de construcción del «consenso social», la «voluntad popular» civilizada: estamos en guerra contra los excluidos, ellos deben desaparecer.

Entran nuevas mujeres, el guía se prepara la requisa, puede ser que un investigador social te pregunte por ti o que lo haga una hermana en tu religión, ¿derechos humanos, donaciones, algo?, no, pero dime, de entre estas categorías a cuáles dirías que perteneces: polilla, paquetera, tortillera, pandillera, prostituta, otras, ¿cuáles son tu pecados?, ¿te torturaron en la detención provisional?, imposible, no, ¿cómo puede ser?, una denuncia, sí, es este, este dato, implementar una política, no, eso está mal niña, es lo mejor para ti, ¿qué opinas?, tengo una deuda con la sociedad, es por ver si se puede ayudar, no, no existe la categoría dios. Investigadores,<sup>64</sup> asistentes sociales, hermanas de la caridad, su palabra es su pronunciación del mundo, batalla, autoafirmación, autodefensa de sus posiciones privilegiadas, amor perverso por aquellas que les legitiman como intelectuales progresistas, señoras caritativas, humanitarismo asalariado que adquiere sentido y proyecto en el despojo perpetuo de las otras, sujetos de la investigación, eruditos, hermanas rehabilitadoras, sus palabras se multiplican, se maquillan de generosidad, falsa promesa. Un decreto «camuflado de falsa generosidad, hace de los oprimidos objeto de su

64. Una y mil metodologías de investigación se ensayan desde la academia sobre los subalternos, los desarraigados del mundo, las féminas de la pobreza. Sus objetivos son reconocerles incluso como agentes de la historia, desenredarles para plantear políticas públicas o publicar obras. En realidad, su objetivo termina siendo «hacer justicia» sin poner en cuestión su propio lugar en la trama de relaciones sociales, ni su idioma universal, apasionado o recatado, pero siempre separado; palabra implicada lo suficiente como para conocerles más sin contaminarse, sin enfurecerse, sin llegar a sentir la inquietud que siente, sin llegar a sentir la necesidad de transformación.

humanitarismo, mantiene y encarna la propia opresión»,<sup>65</sup> así como el silencio es una expropiación, una imposición, y la suspicacia, el amor inapropiado y la impudicia, son palabra inaprensible de la resistencia.

El aceite chirría en la sartén, esta mañana frente al espejo volviste a descubrir que eres hermosa, tu compañera descubrió la suavidad de tu piel que no es tersa, tu carisucia (como llamas a tu hija), te ha devuelto la vida otra vez, tal vez pases otro día entre tu celda y la mesa de juego y al carajo el programa. La resistencia tiene dos facetas contrapuestas, la creación y la resignación, la vida cotidiana marginal y la adaptación al mundo tal como *es*, que se entremezclan indiferenciables. Tu capacidad de reírte y aguantar me desconcierta, me deslumbra, me asusta. Desde abajo y desde adentro, algunas ya no queremos festejar, así sin más, la resistencia, porque no se vienen días mejores.

La palabra verdadera no es un acto de la voluntad individual, ni un escrito o un decreto, es un modo renovado de relación, una alianza en la construcción del sentido del trabajo compartido, de rompimiento con las dinámicas de paternalismo e individualismo en las que hemos aprendido a sentirnos seguras aunque nos golpeen una y otra vez, una puesta en cuestión de nuestra calidad de objetos del estudio y/o del paternalismo de otros; la palabra verdadera es la puesta en cuestión en la práctica del «consenso ciudadano», de los hombres prestigiosos y de nuestros agresores particulares; una alianza en la lucha contra un modo autodestructivo de vivir la capacidad de afectarnos y en la recuperación de nuestra pasión como fuente de saber y poder; una alianza en el diálogo entre códigos y referentes profundamente diversos, cambiantes, callejeros, rurales, migrantes, (inter)culturales, femeninos, interesados, actuales; un vínculo en la pregunta por la redistribución posible de los recursos materiales y de expresión aquí y ahora, que es decir, en la invención de comunidades de contrapoder posibles, habitables con alegría; una alianza antisistémica, de una palabra que baja y sube, mira y cuestiona los proyectos geoestratégicos del capitalismo y la compleja trama microrrelacional que los hace posibles, desde la pronunciación de alternativas actuales y soñadas de relación. La palabra verdadera es la revuelta.

Entre nosotras, la puesta en común de nuestras experiencias de vida ha sido un recurso fundamental.<sup>66</sup> En círculos de nosotras, todas, no solo las

65. Paulo Freire, *op. cit.*, p. 54.

66. «En la tradición feminista, compartir la experiencia y la conciencia ha sido fundamental para las mujeres [...] El pequeño grupo es un hallazgo que ha permitido a las mujeres mirarse y encontrarse sin mediaciones, oír su propia voz, pensar por sí y para sí, aprender e identificarse genéricamente [...] puñados de mujeres entrañablemente comprometidas que han potenciado su incidencia en la sociedad, la cultura, la política. Pero sobre todo en sus propias vidas y en su entorno más inmediato.» Marcela Lagarde, *Claves feministas para la autoestima de las mujeres*, Madrid, Horas y Horas, 2001, p. 66 y 67.



mujeres usualmente reconocidas como víctimas, nos hemos entregado al diálogo colectivo, como una suerte de entrega a las otras de una realidad para mirar y contrastar con la entrega de otra y otra, lo que nos permite un conocimiento accesible a cualquier sensibilidad abierta, a todo deseo de comprender. Allí, en común, hemos descubierto esquemas de violencia contra nosotras y sistemas visibles e invisibles de relación que los perpetúan, así como la diversidad y las desigualdades que también nos constituyen, porque cada una elabora su experiencia social y responde a ella de un modo diferente, pero también porque la mirada clasista, racista, sexual, nos ha colocado en posiciones sociales complementarias en la reproducción de un sistema injusto, que desde nuestras experiencias vamos reconstruyendo en su complejidad. Entre nosotras, esta palabra ha sido posible en la convivencia y el afecto recíproco, pues los primeros testimonios entre desconocidas necesariamente mantienen en secreto las experiencias más íntimas o confusas o las pronuncian como una solicitud de asistencia, así que los encuentros son más y más apasionados, tejidos de interés de comprender para cooperar, en la medida en que las que van siendo tus compañeras se muestran como una vía de comprensión del mundo, de *este* mundo de violencia y resistencia siempre renovadas, imposible desde una mirada individual o separada, construyéndonos como mujeres que van necesitando transformar su situación singular y colectiva.

26/02/05

Experiencias que endurecen, como si la resistencia de la mujer fuera la inelencencia para continuar con su vida dando vida.

La hija de una mujer presa fue violada, hablé ¡ya tarde!, nos dijo que tenía 3 meses, cuando eran 7, para ver si hacíamos el milagro del aborto, para que el problema del hijo no perpetuara el que trajo la agresión.

El poder de los hombres que te hace víctima, que no te da vías para hablar, que te obliga a reproducir, y vuelta a empezar.

¡Muy bien, no se pudo! Ahora no puedo sino imaginarla resignada-robustecida-endurecida-rigidizada, para vivir el futuro; no puedo sino creer que la veo en estas mujeres de hierro forjado, de ojos inexpugnables, que veo todos los días.

Esta niña de 13 años, estas mujeres que todo aguantan.<sup>67</sup>

Estos encuentros te transforman la mirada porque te muestran *este* mundo de frente, pero también porque te enseñan a comprender la experiencia de las otras desde tu propia experiencia y tu deseo de ser con ellas, en un

67. Una compañera de Mujeres de Frente, «Resistencia (o «apuntes sobre la expropiación de la maternidad») (o «fragmentos de un diario contra el olvido)», en Mujeres de Frente, *Sitiadas*, No. 2, *op. cit.*, p. 18.

amor que aprendes con cada una, que al ser muchas, te enseñan el amor por nosotras, todas.

Cuidar de las otras, saber cómo están, cocinar para ellas, abrazarlas fuerte, dirigir un taller de tejido, uno de pintura en tela, indagando en lo que sabemos, se ofrecen a las demás como una recuperación de la palabra colectiva. El intercambio epistolar aparece como un modo de producción de pensamiento entre compañeras, así como la elaboración solitaria con un lápiz y un papel como recurso, aparece como la posibilidad de organizar el pensamiento íntimo. El diálogo entre dos, tres o cuatro de nosotras, se configura como espacio de pensamiento y aporte sobre temas específicos que producen, en un encuentro entre códigos y referencias profundamente diferentes, conocimientos que se entrega a las demás; una mujer que propone un diálogo a cada una de muchas compañeras que comparten una misma situación, aparece como un vínculo entre todas; mientras las productoras ya somos otras, crecidas en la confianza, en la rabia, en la iniciativa, en el deseo de otra cosa. Nos encontramos en círculos de educación popular,<sup>68</sup> alianza en la educación liberadora, indagando en las páginas de quienes han ensayado la producción colectiva de conocimiento contra la opresión, inquietas en la búsqueda de otras fuentes.

Así, hemos ido descubriendo la horizontalidad en la diferencia, que es el reconocimiento de la autoridad de cada una, en un quehacer en el que el pensamiento se entremezcla entrañablemente hasta el punto de indistinguir tu creación de la de todas, en un quehacer que va dibujando autoridades diferentes y complementarias (unas sistematizamos la palabra, todas la escribimos en su diversidad inapropiable, otras mantenemos la cohesión de todas, otras gestionamos los recursos colectivos, otras planificamos talleres, otras integramos a las y los más pequeños, otras abrimos nuevos espacios).

Muros, diálogos trancos, abusos de poder, aparecen como desafíos, nos encuentran lanzando hacia los lados y hacia arriba nuestra palabra: «adentro y afuera somos las/os mismas/os»; nos encuentran nombrando desde varias perspectivas un desorden social generalizado que comprendemos de a poco, juntas; nos encuentra tramando la vida que se viene.

68. En América Latina, la Educación Popular ha sido una práctica fundamental de la tradición revolucionaria desde los años 60. En términos muy generales, se trata de encuentros para la producción de conocimientos colectivos que apuntan a la construcción de un poder igualmente colectivo. Su punto de partida es el reconocimiento de la expropiación de los recursos de todo tipo a las grandes mayorías y, por lo mismo, de la necesidad de trabajar por una alianza entre sujetos provenientes de experiencias de clase diferentes. Sus métodos y dinámicas pasan por el reconocimiento de la palabra escrita como un eje del poder colonial.

Querida A:

Se pierde tanta fe que los sueños son utopías y no se intentan realizar, entonces siguen siendo sueños que solo te atrevés a imaginar sola, en la oscuridad como si fuera un delito. Y no te comunicás, no te atrevés a decirlos, no te animás, no te juntás para soñarlo con otros, y te terminan dando miedo y abandonás todo antes de empezar. Porque se castiga dejar de ser ese engranaje para lo que te formaron que, a su vez, debe formar más engranajes. No quiero que mis hijos sean engranajes y realmente me harté de ser uno. Pero bueno, es un camino que empieza cruzando la puerta # 1. Desde acá no puedo alimentar, abrigar, cuidar y mucho menos educarnos junto a otros. Culpa grande, que aprendemos a vivir cotidianamente. La conocés bien, me conociste luchando a diario con la muy pesada, junto a la impotencia de estar acá y no podés asumir esa «responsabilidad» que siempre con los enanos era un gusto también.

Y la conciencia de que la Solución no pasa en que alguien asuma esa responsabilidad que es mía. Todo lo que me jodía y pude ir descubriendo y de a poco cambiando (al menos, lo que pude o lo que tuve coraje cambiar), no cambia demasiado la situación, tal vez, algún día... y mucho menos, da una solución, solo muestra una forma diferente de caminar la vida. Y «juntas» una forma de vivir asumiéndonos y buscando la alegría, como algo justo y no egoísta. Te repito gracias, no sólo por envenenarte al saber que a pocos puede importarle qué quiero.

Sé que estás conmigo, siempre (hasta para ver cómo arreglamos los desastres) y sé que a vos te importa, gracias por estar incondicionalmente, haciéndome el aguante todo el tiempo.

Fue buena idea este año y medio, ¿no? Al menos para mi fue esencial, me cambió la vida. Y si estamos volviéndonos más locas, le diremos al psiquiatra que nos haga descuento, pero no quiero cura, eh!! Quiero otra oportunidad, no dejarme vencer nuevamente y seguir viviendo sueño ajeno como si fuera el mío.

Te amo inmensamente, creo que lo sabés.

V.<sup>69</sup>

## Bibliografía

- Foucault, Michel, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Madrid, Siglo XXI, 22a. ed., 1994.
- Freire, Paulo, *Pedagogía del oprimido*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- Galindo, María, y Julieta Paredes, *Sexo, placer y sexualidad. Manual para conocer tu sexualidad por ti misma*, La Paz, Mujeres Creando, s/f.
- Garbay, Susy, «Discriminación de género: situación de las mujeres detenidas», en INREDH, *Diversidad ¿Sinónimo de discriminación?*, Quito, INREDH, 2001.
- Lagarde, Marcerla, *Claves feministas para la autoestima de las mujeres*, Madrid, Horas y Horas, 2001.
- Lavaca y Colectivo Situaciones, *Presas: testimonio de las mujeres detenidas por manifestar en Caleta Olivia y la Legislatura porteña*, Buenos Aires, Lavaca / Colectivo Situaciones, 2004.
- Lemebel, Pedro, *Loco afán*, Barcelona, Anagrama, 2000.
- Lorde, Audre, *La hermana, la extranjera*, Madrid, Horas y Horas, 2003.
- Mignolo, Walter, «El potencial epistemológico de la historia oral: algunas contribuciones de Silvia Rivera Cusicanqui», en Daniel Mato, comp., *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*, Caracas, CLACSO, 2002.
- *Historias locales / diseños globales*, Madrid, Akal, 2003.
- Moreno, Amparo, *El arquetipo viril protagonista de la historia*, Madrid, Horas y Horas, 1987.
- Morrison, Toni, *Beloved*, Barcelona, Edic. B, 1995.
- Mujeres Creando, *La virgen de los deseos*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2005.
- Mujeres de Frente, *Sitiadas*, No. 1, Quito, Mujeres de Frente, 2004.
- *Sitiadas*, No. 2, Quito, Mujeres de Frente, 2006.
- «¿Sujetos de derecho o sujetas al derecho?», en *La Pepa*, No. 2, Quito, 2005.
- «Violentadas, silenciadas», en *La Pepa*, No. 3, Quito, 2006.
- Muraro, Luisa, *El orden simbólico de la madre*, Madrid, Horas y Horas, 1994.
- Nari, Marcela, y Andrea Fabre, comp., *Voces de mujeres encarceladas*, Buenos Aires, Catálogos, 2000.
- Rich, Adrienne, *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*, Madrid, Cátedra, s/f.
- Rivera, Silvia, «La raíz, colonizadores y colonizados», en Albó Xavier y Raúl Barrios, coord., *Violencias encubiertas en Bolivia*, La Paz, Centro de Investigación y Promoción del Campesinado / Aruwiyiri, 1993.

- «Sendas y senderos de la ciencia social andina», en *Autodeterminación*, No. 10, La Paz, 1992.
- *Birlochas: trabajo de mujeres; explotación capitalista y opresión colonial entre las migrantes aymaras de La Paz y El Alto*, La Paz, Mamam Huaco, 1996.
- Rivera, Silvia, y Rossana Barragán, comp., *Debates Post Coloniales: una introducción a los Estudios de la Subalternidad*, La Paz, Historias, 1997.
- Thomas, Blanca, *et al.*, *Yo no fui*, Buenos Aires, Voy a Salir y Si Me Hieren Un Rayo, 2005.

# Universidad Andina Simón Bolívar

## Sede Ecuador

La Universidad Andina Simón Bolívar es una institución académica de nuevo tipo, creada para afrontar los desafíos del siglo XXI. Como centro de excelencia, se dedica a la investigación, la enseñanza y la prestación de servicios para la transmisión de conocimientos científicos y tecnológicos.

La universidad es un centro académico abierto a la cooperación internacional, tiene como eje fundamental de trabajo la reflexión sobre América andina, su historia, su cultura, su desarrollo científico y tecnológico, su proceso de integración, y el papel de la subregión en América Latina y el mundo.

La Universidad Andina Simón Bolívar fue creada en 1985 por el Parlamento Andino. Es un organismo del Sistema Andino de Integración. Además de su carácter de institución académica autónoma, goza del estatus de organismo de derecho público internacional. Tiene su Sede Central en Sucre, Bolivia, una sede nacional en Quito, Ecuador, una sede local en La Paz, Bolivia, y una oficina en Bogotá, Colombia.

La Universidad Andina Simón Bolívar se estableció en el Ecuador en 1992. En ese año la universidad suscribió un convenio de sede con el gobierno del Ecuador, representado por el Ministerio de Relaciones Exteriores, que ratifica su carácter de organismo académico internacional. En 1997, el Congreso de la República del Ecuador, mediante ley, la incorporó al sistema de educación superior del Ecuador, y la Constitución de 1998 reconoció su estatus jurídico, el que fue ratificado por la Ley de Educación Superior de 2000.

La Sede Ecuador realiza actividades, con alcance nacional e internacional, dirigidas a la Comunidad Andina, América Latina y otros ámbitos del mundo, en el marco de áreas y programas de Letras, Estudios Culturales, Comunicación, Derecho, Relaciones Internacionales, Integración y Comercio, Estudios Latinoamericanos, Historia, Estudios sobre Democracia, Educación, Adolescencia, Salud y Medicinas Tradicionales, Medio Ambiente, Derechos Humanos, Migraciones, Gestión Pública, Dirección de Empresas, Economía y Finanzas, Estudios Agrarios, Estudios Interculturales, Indígenas y Afroecuatorianos.

# Universidad Andina Simón Bolívar

## Serie Magíster

- 81** Stalin Raza, EL PECULADO BANCARIO EN LA CRISIS FINANCIERA DE 1998
- 82** Alberto Pereira Valarezo, CLAVES SEMIÓTICAS DE LA TELEVISIÓN
- 83** Adriana Salcedo, GALÁPAGOS: conflictos en el paraíso
- 84** Francisco Villacreses, LA MARCA NOTORIA EN LA CAN
- 85** Mónica Márquez, LO QUE EL TIEMPO SE LLEVÓ: el pueblo zápara como patrimonio intangible
- 86** Rafael Centeno, PERSONAS GLBTT Y DERECHO DE FAMILIA
- 87** Martha Roríguez, NARRADORES ECUATORIANO DE LOS 50: poéticas para la lectura de modernidades periféricas
- 88** Jaime Luna, LAS INSTITUCIONES Y EL ROL DEL ESTADO EN LA ECONOMÍA: una mirada al caso Boliviano
- 89** Kristin VanderMolen, ¿ADAPTACIÓN O PRECARIZACIÓN? Los efectos del cambio climático en la producción agrícola de Cotacachi
- 90** Hugo Zumárraga, PLAGUICIDAS: VERDADES, EVIDENCIAS Y ALTERNATIVAS DE CAMBIO
- 91** Javier Prado Miranda, EL MECANISMO DE SOLUCIÓN DE DIFERENCIAS DE LA OMC Y LA SUPRANACIONALIDAD
- 92** Elena Durán, LOS RECURSOS CONTENCIOSO ADMINISTRATIVOS EN EL ECUADOR
- 93** Inés del Pino Martínez, LA CASA POPULAR DE QUITO: «otra» estética, «otra» vida
- 94** John Polga-Hecimovich, POLÍTICOS, MILITARES Y CIUDADANOS: un análisis de las caídas presidenciales en Ecuador (1997-2005)
- 95** Santiago Cevallos, LAS ESTÉTICAS DE JORGE ICAZA Y PABLO PALACIO BAJO EL SIGNO DE LO BARROCO Y LO CINEMATográfico
- 96** Andrea Aguirre Salas, VIVIR EN LA FRACTURA: el castigo y las resistencias en la cárcel de mujeres

Desde la militancia en un colectivo de externas e internas en la Cárcel de Mujeres de Quito, desde el hecho de compartir cotidianamente los efectos de la violencia sistemática contra nosotras, y desde la reflexión académica, este libro explora la cárcel de mujeres: las relaciones que la habitan, las prácticas de violencia contra el cuerpo, los afectos, los proyectos vitales, la totalidad de la vida de las mujeres que encierra. En ese esfuerzo, el libro va mostrando un sistema punitivo organizado en torno a las diferencias étnica, racial, sexual y de clase constitutivas de las sociedades andinas.

La investigación indaga, además, en historias de mujeres diversas y desiguales, mientras reflexiona sobre la presión específica que implica la cárcel para las mujeres.

La experiencia marginal, la resistencia y la lucha atraviesan todo el texto hasta llegar a una discusión sobre las cualidades del colectivo militante, feminista, de izquierda y antirracista desde el que está escrito.



*Andrea Aguirre Salas (Quito, 1975) es licenciada en Ciencias de la Educación por la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito (1998); Magister en Estudios de la Cultura, con mención en Literatura Hispanoamérica (2006), y candidata doctoral en Historia por la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, Quito. Es miembro fundadora de Mujeres de Frente –colectivo dedicado a la producción de conocimientos y acción política entre mujeres diversas y desiguales en la Cárcel de Mujeres de Quito– y de la Casa Feminista de Rosa –centro contra-cultural gestionado por un colectivo de colectivos y militantes feministas y de izquierda antirracista–. Actualmente es profesora en la Universidad Central del Ecuador, de Quito.*